

LAS VISIONES DE ESPAÑA EN LA UNIÓN SOVIÉTICA DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA¹

Olga Novikova

La guerra civil española terminó hace setenta años, pero las batallas académicas acerca de su historia no han cesado todavía. Una de las cuestiones más controvertidas ha sido la intervención soviética en el conflicto. Ya en la época de la guerra se emitieron sobre ella juicios tan opuestos como el de George Orwell, quien en su *Homenaje a Cataluña* afirmaba que la URSS, movida por su deseo de congraciarse con las democracias británica y francesa, había traicionado cínicamente la revolución española; el de Juan Negrín, quien no dudó en ensalzar la ayuda sincera y generosa de un país lejano y hasta aquel momento poco conocido en España; o el del general Franco, según el cual el gobierno soviético, en su peligroso afán de propagar el comunismo por el mundo, pretendió sovietizar la República española.

Estas tres interpretaciones están muy teñidas por los «códigos» políticos de quienes las defendieron: desde los tiempos de la Revolución Francesa, uno de los más importantes conceptos teóricos y una de las más temidas amenazas de la cultura política revolucionaria (de la que forman parte trotskistas y anarquistas) ha sido precisamente la traición de la revolución; por otra parte, el ideal internacionalista del socialismo implicaba la construcción de un nuevo orden mundial basado en las relaciones fraternales entre los pueblos; y finalmente, el franquismo explotó para sus fines políticos la claustrofóbica pesadilla del siniestro enemigo

que tramaba en secreto sus planes de dominación mundial. Pero también las interpretaciones tan dispares de la ayuda brindada por el país de los soviets podían fundamentarse en los mensajes contradictorios de los propios soviéticos. La complejidad de la política exterior soviética, cuya organización difería tanto de la occidental, complicaba enormemente el análisis que podía hacer de ella un observador externo.

Entre los años 1936-1939, varias instituciones soviéticas se encargaban de la política exterior: el Comisariado del Pueblo de Asuntos Extranjeros, la Comintern, el Comisariado del Comercio Exterior y el Buró político del Partido Comunista. Los objetivos y la filosofía de estas instituciones no eran los mismos, y, con frecuencia, sus dirigentes defendían visiones muy diferentes de las necesidades del momento. S. Dullin pasó revista a los enfrentamientos y las rivalidades entre el Comisario de Exteriores, Litvínov, y el responsable del Comercio Exterior, Rozengoltz.² J. Haslam mostró que las diferencias entre Litvínov, el jefe de la diplomacia soviética, y Mólotov, miembro del Buró Político, no se habían limitado a una visión opuesta de los intereses soviéticos en la escena internacional, sino que derivaron hacia un mutuo rechazo personal.³ También son conocidas las tensiones que existieron entre los dirigentes de la Comintern y los diplomáticos soviéticos⁴ o entre los

EXPEDIENTE

éstos últimos y los funcionarios del Partido.⁵ La política del gobierno soviético, como observaron Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, en ciertos momentos podía chocar con la línea de la Comintern.⁶

Para hacer las cosas aún más complicadas, ciertos agentes de influencia, como los mediadores entre los círculos intelectuales y artísticos de la URSS y de Occidente, podían, según Jonathan Haslam, influir en la toma de decisiones importantes. Es significativo el caso del escritor y periodista Ilya Ehrenburg, apreciado por la dirección soviética debido a sus estrechos vínculos con la intelectualidad francesa, quien supo convencer a los dirigentes de su país de la utilidad de ganarse a los líderes anarquistas, como Durruti o García Oliver, y de establecer el Consulado soviético en Barcelona con el objetivo de facilitar la victoria del bando republicano.

Sin duda, a la hora de elegir entre distintas opciones, la última palabra pertenecía a Stalin,

pero éste podía oscilar entre las diferentes visiones de la política exterior soviética que defendía uno u otro grupo de presión. J. Haslam pensó que se trataba de una forma de actuar premeditada: «Stalin tendía a difundir la responsabilidad y el poder entre sus subordinados, quienes desconfiaban los unos de los otros; éste era su método de mantener un control exclusivo y definitivo».

Durante décadas, los historiadores de la guerra civil española sólo pudieron especular sobre los motivos de las decisiones de la cúpula bolchevique, fundamentando su investigación en fuentes secundarias, algunas de dudosa fiabilidad (como, por ejemplo, las memorias de los tráfugas de los servicios secretos soviéticos A. Orlov y W. Krivitsky). A partir de la década de 1990 la apertura parcial de los archivos soviéticos permitió que vieran la luz algunos libros basados en el análisis de la auténtica documentación de la época, lo cual ofreció una nueva visión, equilibrada y fiel a la realidad, sobre la ayuda soviética. Los libros de Ángel Viñas, Antonio Elorza o Yuri Rybalkin⁷ han permitido reconstruir muchos aspectos del proceso de toma de decisiones cuyas consecuencias tuvieron una importancia extraordinaria para el destino de la República. La publicación de los documentos sobre los debates en el seno de la Comintern, de la correspondencia de Stalin y Voroshílov y de los textos oficiales sobre la organización y el coste de la ayuda militar y su relación con el consabido «oro de Moscú» arrojó una nueva luz sobre la política española del gobierno soviético.

La publicación de los documentos soviéticos permitió imaginar de una forma más clara lo que pasaba en los círculos del poder de Kremlin y cómo los intereses políticos o estratégicos del momento influían en las decisiones de proporcionar o negar el volumen de ayuda que solicitaba la parte española. Mucho menos se ha estudiado la «lente» a través de la cual los emisarios de Stalin percibían lo que



pasaba en España, una lente determinada por la mentalidad de quienes la utilizaban y por su cultura política. Tampoco se han estudiado en profundidad las reacciones de la sociedad soviética ante los acontecimientos españoles ni si estas reacciones pudieron condicionar las decisiones de los poderosos.

En la época de la Guerra Fría, la misma idea de una interacción entre la política soviética y las reacciones populares habría sido puesta en duda, ya que en Occidente el sistema estalinista solía ser representado como un régimen fundado únicamente sobre la violencia y que, por tanto, ignoraba por completo la opinión popular. La apertura de los archivos soviéticos ha resultado esencial para una nueva comprensión del fenómeno del estalinismo, y en los últimos años ha visto la luz toda una serie de investigaciones novedosas, basadas en el análisis de la documentación original, que sugieren una relación mucho más compleja entre el poder y la sociedad en la URSS en el período de entreguerras.

El presente artículo es un primer y modesto intento de examinar la «lente» soviética que condicionó la lectura de los acontecimientos españoles, así como un acercamiento al estudio de las reacciones de la sociedad rusa con respecto a la lejana guerra de España.

La Guerra Civil en las memorias soviéticas

En una multitud de memorias referidas a la década de 1930 se repite una y otra vez que la guerra civil española se vivió en la URSS con una intensidad fuera de lo común. Paradójicamente, la guerra en un país lejano y nunca visto para la mayoría de los soviéticos se convirtió en un recuerdo personal, en un acontecimiento memorable de la vida individual. He aquí un ejemplo, escogido entre muchos recuerdos similares:

Probablemente, las páginas de mi vida relacionadas con España son las más elevadas y llenas de

luz, las más influidas por el espíritu del humanismo. (...) Los mapas de España en las plazas de nuestras ciudades, la percepción de la tragedia española como propia eran una realidad. Y también eran una realidad los barcos que traían a los niños españoles. (...) Aún hoy en día la España de 1936 es para mí un símbolo del «sonido triunfal», porque hizo creer, aunque fuera por un momento, que era posible la fraternidad humana, representada entonces por las Brigadas Internacionales (...) En septiembre de 1936 se organizó una fiesta de bienvenida para los nuevos estudiantes. (...) De forma espontánea esta fiesta se convirtió en una velada dedicada a España. (...) En la velada española, Leonid⁸ recitó por primera vez su poema, que más tarde fue incluido en la recopilación titulada *Estamos a vuestro lado*:

...Que mi corazón entre, como la victoria,
como la primavera irrumpiendo por la ventana,
en la casa de las jóvenes morenas de Oviedo
que defienden con sus balas la primavera.
Y ellas, atravesando la nube de disparos,
seguras y conscientes
cargarán sus pesados fusiles
con mi corazón triunfante.

En otras memorias se mencionan los mapas de España con las banderitas que marcaban los avances y retrocesos de los republicanos (estos mapas se podían ver en muchas casas de Moscú, Leningrado, Kiev o Novosibirsk). También se habla de las generosas colectas de dinero que los soviéticos recaudaban para el fondo de ayuda al pueblo español. Después, con este dinero se pagaban los víveres que la URSS enviaba a la España republicana.⁹ Muchos recuerdan la presencia del tema español en el cine, el teatro o en las conversaciones cotidianas de la gente.

La reacción apasionada de los soviéticos frente a los acontecimientos que tenían lugar en un país remoto es un hecho sorprendente. Antes de la Revolución de Octubre, muchos rusos habían visitado, estudiado o vivido en Francia y Alemania, y, en menor medida, en Italia o Inglaterra. Pero España era un país prácticamente desconocido: las relaciones

EXPEDIENTE

entre los dos países eran casi inexistentes (de hecho, cuando estalló la Guerra Civil, la URSS y la República española no habían intercambiado aún sus representaciones diplomáticas); exceptuando los grandes nombres del Siglo de Oro, la ignorancia acerca de la cultura española era casi total; a diferencia de otras grandes lenguas europeas, el español apenas se estudiaba en el sistema educativo ruso; el número de viajeros rusos que se habían aventurado en España era mínimo. Un lector que quisiera saber algo de aquel lejano país debía contentarse con descripciones superficiales de la realidad española, como la que hizo L. Trotsky en 1922 en su ensayo *Sucedió en España*.

¿Por qué entonces la guerra civil española provocó tal estallido de empatía? Para contestar a esta pregunta comenzaremos con lo esencial: la información de la que disponían los soviéticos sobre los acontecimientos de España.

La información

De acuerdo con el planteamiento comunista, la prensa y el arte eran instrumentos vitales para la transformación de la sociedad. Los bolcheviques, que situaban la fuente de su legitimidad en el «pueblo trabajador», desde los primeros tiempos de la Revolución percibieron, tras sus dolorosos desencuentros con los *soviets* obreros, la necesidad de disponer de una herramienta eficaz que pudiera explicar a la población los objetivos del Partido, persuadiéndola de que éstos eran los únicos correctos en unas condiciones de fuerte competencia con otros planteamientos revolucionarios y no revolucionarios, a fin de moldear la sociedad según el modelo comunista. La meta final de la propaganda de las masas era la construcción del consenso social y la cohesión política. La propaganda debía, en palabras de uno de sus más brillantes teóricos, «fabricar las emociones de una masa pasiva, enseñarle

un círculo determinado de simpatías y antipatías, llevar su atención hacia unos determinados hechos...».

La prensa soviética tenía, pues, varias funciones. En primer lugar, debía proporcionar información sobre las cuestiones relevantes de la política interior y exterior. En segundo lugar, valiéndose de estas informaciones, debía indicar cuál era la interpretación correcta de estos hechos e inculcar las normas culturales y políticas dominantes, «educar», en el lenguaje de la época. Cabe puntualizar, no obstante, que en la década de 1930 la función propagandística de la prensa soviética no se concebía como un discurso unívoco del poder soviético hacia la sociedad, sino más bien como una interacción entre ambos, aunque la sociedad debía «jugar» conforme a las reglas impuestas. Por ejemplo, existían unos temas y planteamientos prohibidos que no podían ser mencionados, ya que se identificaban con el «enemigo ideológico». Esta prohibición es importante para nuestra investigación, ya que la exclusión de temas importantes para la sociedad no hizo que desaparecieran, sino que se siguieran discutiendo bajo otro nombre, como se verá en la parte del trabajo dedicado a la percepción de España como continuación de la revolución rusa.

También es importante saber que el efecto de la censura determinó la aparición de un determinado tipo de periodista que sabía moverse en el filo entre lo permitido y lo prohibido, y la creación de un lector que era capaz de leer el mensaje oculto entre líneas.

De los periodistas soviéticos se esperaba que prestaran atención a las reacciones populares frente a las decisiones del Partido (siempre dentro de los límites de lo permitido). En el caso de que existiera un descontento considerado legítimo, el periodista debía convertirse en portavoz de ese descontento, sometiéndolo en cuestión a una crítica despiadada. M. Koltsov, uno de los más brillantes periodistas soviéticos, y corresponsal de *Pravda* durante la guerra española, debía

su popularidad, en gran medida, a sus cáusticos reportajes críticos. En palabras de uno de los redactores en jefe del periódico oficial, los periodistas «podían escribir la verdad y sólo la verdad, siempre y cuando ésta no amenazara a las bases del sistema, a la dirección y al aparato del Partido al que pertenecía el periódico».

Pero, aparte de las funciones informativa y propagandística, existía también otro objetivo que debía cumplir la prensa: ser el espejo de la sociedad soviética frente al mundo exterior. Sabiendo que en las cancillerías de otros países leerían con lupa lo que publicaran los periódicos principales, los soviéticos podían utilizar la prensa para comunicar sus intenciones o advertencias a los políticos extranjeros. Tanto el Departamento de Cultura y Propaganda del Comité Central del Partido Comunista como el Departamento de Prensa del Comisariado de Asuntos Exteriores empleaban con frecuencia la prensa para estos objetivos. Aparte de la prensa en ruso, desde los años 1933 se editaba en Moscú un semanario en francés, *Le Journal de Moscou*. La Comintern tenía su propia revista en francés, *La Correspondance Internationale*.

La primera información sobre el golpe militar en España apareció en los principales periódicos soviéticos el día 19 de julio de 1936, pero era breve y neutral. La prensa siguió escribiendo sobre los acontecimientos españoles a diario, pero sólo a partir del 4 de agosto de 1936 se produjo un cambio significativo en el espacio otorgado a las noticias españolas y en la forma de presentar la información. Según los cálculos de S. Védiushkina, si la primera noticia sobre el alzamiento militar constituyó el 0,25% del volumen total del periódico *Pravda*, el 4 de agosto este mismo diario dedicó hasta un 51,7% de su espacio a temas relacionados con los acontecimientos españoles.¹⁰ La víspera del día 4 (y esto explica el aumento brusco del espacio dedicado a España) se había celebrado en la Plaza Roja un multitudinario mitin de solidaridad con el pueblo español,

pero ningún representante importante del PCUS o de la Comintern tomó parte en él. El dirigente sindicalista Nikolái Shvérník afirmó en su discurso que el mitin era la expresión de la solidaridad de la clase obrera soviética con el pueblo español y que la lucha por la España republicana era «al mismo tiempo la lucha por la paz».

El corresponsal de *Pravda*, Mijail Koltsov, que había estado presente en el mitin, escribió lo siguiente:

Estos días todos comienzan a leer las noticias españolas en los periódicos. Pero no se comprende nada de los telegramas. TASS trasmite desde Londres que las tropas gubernamentales habían tomado un tal Sástago en el norte del país. Cerca de Sevilla, los obreros hicieron volar un puente. En medio de Gibraltar está anclado un gran navío italiano que supuestamente se ocupa de la reparación de un cable. ¿Qué clase de población es Sástago, es importante o no? ¿Quién tiene Sevilla, los fascistas o los obreros? Los rebeldes están a cincuenta kilómetros de Madrid, pero ¿dónde está el gobierno de la República?!

A pesar de que las noticias que llegaban desde España eran poco claras para los lectores rusos, muchos de ellos, al saber del golpe militar de Franco, pensaron que las explosiones que resonaban en aquel lejano país del sur eran las primeras detonaciones de una inmediata guerra mundial, tan esperada y tan temida por los soviéticos a lo largo de la década 1930. El 1 de agosto, coincidiendo con el aniversario del comienzo de la Primera Guerra Mundial, *Izvestia*, el segundo periódico más importante (después de *Pravda*), publicó un artículo de Karl Radek, el famoso propagandista y antiguo dirigente de la Comintern, quien afirmaba que entre los capitalistas, políticos y diplomáticos ya no se hablaba de «si era posible evitar la guerra. De lo que se discute ahora es de cuándo comenzará la guerra». La situación actual «es aún más seria que en los meses anteriores a la guerra mundial», señalaba Radek refiriéndose a 1914.

EXPEDIENTE

Pravda, en su calidad de periódico que transmitía la postura oficial del gobierno soviético, fue más cauto. Sin mencionar de forma explícita, como *Izvestia*, la proximidad de una nueva guerra mundial, ni aclarar cuál era la postura soviética en la nueva situación internacional, el periódico se limitó a denunciar que la rebelión de Franco, apoyada por las potencias fascistas, era un paso más hacia la «guerra total» defendida por Hitler.

Las palabras de Radek debieron parecer demasiado comprometedoras a los círculos superiores del poder soviético y su artículo se publicó en la revista de la Comintern, *La Correspondance Internationale*, significativamente modificado. Según esta nueva versión, destinada a ser leída en el exterior, se podía hablar de un paralelismo entre la Europa de 1914 y la actual, «siempre y cuando no se afirme que la situación actual es más seria que en los últimos meses anteriores a la guerra mundial».

Mijaíl Koltsov nos ha transmitido las conversaciones entre la gente que acudió al mitin de solidaridad con España, celebrado el 4 de agosto en la Plaza Roja:

La gente que escuchó el discurso del orador se alarmó al oír hablar de los aviones y cañones germanos e italianos que habían sido enviados a los rebeldes. Los obreros de la fábrica de chocolate que estaban a mi lado discutían sobre si se trataba del comienzo de una nueva guerra mundial.

El punto de vista de Radek según el cual los acontecimientos españoles representaban el preludio de una nueva guerra mundial no era una opinión minoritaria. No sólo los obreros de la fábrica de chocolate se preocuparon al saber que Alemania e Italia estaban asistiendo a los golpistas. El propio Koltsov pensó lo mismo y, aunque no lo dice claramente en su reportaje, le traiciona el lenguaje: para hablar de la ayuda nazi utiliza el adjetivo «germana» en lugar del calificativo mucho más habitual «alemana» (*nemetskix*). La voz «germano/

germana» (*guermanski/guermánskaia*), poco común en ruso, despertaba sobre todo los recuerdos de la Primera Guerra Mundial, en la que la prensa patrioterica se había referido a los adversarios de los soldados del zar como los «germanos». Los soldados adoptaron este uso y muy pronto aquella guerra se convirtió en el lenguaje popular en «la germana» (*guermanka*). Habían pasado solamente veinte dos años desde el inicio de la «germana» y el recuerdo de las catástrofes y sacrificios que aquella guerra había traído a Rusia permanecía aún muy vivo.

El 6 de agosto Koltsov viajó de la URSS a Francia, donde se entrevistó con el hijo de José Giral, quien le pidió que informase a Moscú de que la República «necesitaba personal de mando, en especial pilotos, y bombas aéreas para evitar una catástrofe». El hecho de que el joven Giral se dirigiera al periodista de *Pravda* para transmitir las peticiones del Gobierno español, muestra que estaba bien informado sobre las posibilidades de su interlocutor. El influyente periodista norteamericano Louis Fischer cuenta en sus memorias que, en los primeros meses del otoño de 1936, él hizo lo mismo: habló con el corresponsal de *Pravda* para convencerlo de que la URSS debía actuar rápidamente para salvar Madrid:

Hablé con Koltsov, de *Pravda*, que tenía influencia en Kremlin. Estaba en términos amistosos con Stalin y Voroshílov. Su editor, Mejlis, también tenía un gran peso. (...) Koltsov me pidió escribir una carta que él transmitiría por cable a *Pravda*.¹²

A partir del 9 de agosto de 1936, y hasta los primeros días de noviembre de 1937, fecha en que fue llamado a Moscú, Koltsov publicó prácticamente a diario sus reportajes sobre la guerra española en *Pravda*. Estos artículos, debido a la inteligencia, gran talento literario y fama de su autor —Mijaíl Koltsov era la estrella más luminosa del periodismo soviético—, eran muy esperados y se leían con avidez. Hacia finales de agosto del mismo año otro notable representante de las letras soviéticas,

Ilya Ehrenburg, llegó a España procedente de París. Sus reportajes se publicarían en *Izvestia* hasta febrero de 1939 y también suscitaron un gran interés. Cuando Ehrenburg publicaba dos artículos en un mismo número de *Izvestia*, con frecuencia firmaba uno de ellos con el pseudónimo francés «Paul Joslain». Otro periodista que fue amigo de Ehrenburg en París, Ovidii Sávich, llegó a España más tarde. Comenzó a trabajar para la agencia TASS y posteriormente escribió para *Izvestia* donde firmaba como «José García». El cónsul soviético en Cataluña, el viejo bolchevique V. Antónov-Ovséenko, algunas veces también escribía en *Izvestia* bajo el pseudónimo «Zet».

Estos periodistas no eran los únicos representantes de la prensa soviética en España. El corresponsal de TASS era M. S. Helfand, que compartía su tiempo entre Barcelona y Madrid, según recuerda Ehrenburg. Helfand enfermó y fue sustituido por Mirova. Mirova, cuyo marido coordinaba en Moscú el

envío de los voluntarios soviéticos a España, pasó mucho tiempo en Valencia y Barcelona.¹³ Elizaveta Ratmánova, la esposa de Koltsov, trabajó ocasionalmente como corresponsal del periódico de las Juventudes Comunistas *Komsomolskaia Pravda*. Este mismo periódico fue representado por otros dos periodistas y escritores: M. K. Rosenfeld que caería en una de las batallas de la Segunda Guerra Mundial en 1942, y Yu. M. Korolkov.

Pero la prensa soviética no solamente publicaba los reportajes de sus corresponsales en España, sino que reproducía también artículos de la prensa extranjera. Según los cálculos de S. Védiushkina, se citaban alrededor de cuarenta periódicos occidentales, entre ellos ingleses (*The Times*, *Daily Express*, *Daily Worker* y muchos otros), franceses (*Echo de Paris*, *Petit Parisien*, *Humanité*, etc.), españoles (*Mundo Obrero*, *Informaciones*, *Ahora*, *Gaceta de Madrid*, *El Socialista*, *Libertad*, *Solidaridad Obrera*, *El Sol*) y alemanes (*Kölnische Zeitung*, *Berliner Tageblatt*,



EXPEDIENTE

Frankfurter Zeitung, etc.). Un uso tan amplio de la prensa extranjera, incluida la que los soviéticos calificaban de «burguesa», puede resultar asombroso, pero probablemente la publicación de artículos extranjeros tenía el objetivo de llamar la atención sobre determinados temas que, por razones de conveniencia política, la prensa soviética debía evitar. Un ejemplo puede servir de ilustración de esta táctica. Al final de agosto de 1936, F. Schulenberg, embajador de la Alemania nazi en Moscú, protestó contra «el tono que utiliza la prensa soviética con relación a Alemania» y contra ciertas informaciones radiofónicas que supuestamente comprometían al *chargé de affaires* alemán en Madrid, poniendo su vida en peligro. El Comisario de Asuntos Extranjeros, M. M. Litvínov, le respondió que en el programa mencionado se citaban hechos publicados por los periódicos ingleses, que son los únicos responsables».

Los periódicos soviéticos también publicaban artículos escritos por personalidades de la Comintern o del PCE, discursos pronunciados en los mítines de los obreros soviéticos, cartas de los lectores, material gráfico (mapas, fotografías y dibujos), obras literarias dedicadas a la Revolución española y ensayos analíticos de carácter histórico, geográfico o económico sobre España.

Había silencios significativos: la prensa soviética callaba acerca de la asistencia militar a la causa de la República, y muy pocas veces se refería a las atrocidades cometidas en el territorio republicano, mientras que describía profusamente los asesinatos cometidos en el territorio rebelde. Según el estudio de S. Védiushkina, las negociaciones de la URSS con Gran Bretaña y Francia sobre la creación del sistema de seguridad colectiva frente a las potencias fascistas influyeron en el volumen de información sobre los asuntos españoles. En los primeros meses del conflicto, la parte soviética todavía confiaba en que el acuerdo con las potencias democráticas era posible y era sensible a sus presiones.

La revolución española (al igual que la Revolución en China) era presentada por la prensa soviética como un movimiento «nacional», y no inspirado desde fuera. Los periodistas se esforzaban en ofrecer argumentos a favor de la tesis de que la URSS no pretendía soviétizar la República española, insistiendo en que los partidos del Frente Popular debían «adoptar una actitud respetuosa frente a las supersticiones religiosas de las masas» y defender los derechos del pequeño propietario, en suma, alejarse de toda clase de extremismo. S. Védiushkina explica esta insistencia por el deseo soviético de preservar la colaboración con Gran Bretaña y Francia. Sin rechazar este punto de vista, me gustaría complementarlo con otro: estas declaraciones se correspondían fielmente con la táctica propuesta por los soviéticos en España, una táctica que ellos consideraban necesaria para ganar la guerra, y que se reflejó en numerosos documentos de la época. Por otro lado, si la postura soviética consistía en la defensa de la democracia, esto, al menos en parte, se debía al hecho de que, en 1936, la sociedad soviética se hallaba empeñada en un proceso de elaboración de ciertas normas democráticas, como la Constitución adoptada ese mismo año o la reestructuración del poder estatal.¹⁴

Según las certeras palabras de José Faraldo:

puede resultar paradójico (...) resaltar la *forma* democrática del estado soviético, pero (...) en realidad, los bolcheviques querían construir el 'Estado más democrático del mundo', no el 'más opresivo'. (...) La tradición de la que procede el estado soviético es la del 'democratismo occidental'.¹⁵

Los bolcheviques veían la suspensión de los derechos democráticos que el estado soviético venía practicando desde la guerra civil como una medida temporal en unas condiciones de intensa lucha interior y constante amenaza exterior. Recordemos que durante la Primera Guerra Mundial —y la Revolución Rusa era hija de esta guerra, que representaba, a

su vez, el referente continuo del pensamiento bolchevique— las democracias occidentales adoptaron unas medidas similares aludiendo al estado de emergencia militar. Pero, según el plan bolchevique, la suspensión de la democracia no debía durar siempre, y la democracia soviética sería un sistema más perfecto que las democracias burguesas, ya que, además de incorporar el sistema clásico de derechos humanos, se basaría sobre el principio de una sociedad justa e igualitaria. En el momento en que desapareciera el peligro de la destrucción del primer estado proletario, la democracia sería reconstruida con una plenitud que nunca había tenido antes.

Según algunas fuentes, como *La carta del antiguo bolchevique*, publicada por el menchevique B. Nikolski tras la estancia del famoso bolchevique Nikolái Bujarin en París entre febrero y abril de 1936, el proceso de liberalización podía ir más lejos; en los círculos altos del poder incluso llegó a debatirse la posibilidad de la creación de un segundo partido político (aunque leal a la causa comunista). Bujarin consideraba importante que en las primeras elecciones generales al futuro parlamento soviético se presentasen dos listas. Siempre según Boris Nikoláevski, Bujarin dijo:

Si en las elecciones no hay más que una lista, si no hay otra lista que haga competencia, saldrá lo mismo que en la Alemania nazi. Para que seamos distintos del régimen hitleriano a los ojos de Rusia y Occidente, debemos introducir el sistema de dos listas.

En su crítica de la Alemania nazi, Bujarin anticipó la creación del concepto de totalitarismo. Le horrorizó el «estatismo y cesarismo» de la Alemania de Hitler, así como su omnipotente «estado total». La idea del nazismo, según él, consistía en la «violencia como un factor permanente que moldea la sociedad y la personalidad humana». Era imposible luchar contra el nazismo y el fascismo sin oponerles otros principios.

Bujarin pensaba que la solución se hallaba en la vuelta a las raíces humanistas del marxismo que los bolcheviques habían abandonado durante los años de intensa lucha dentro de la sociedad soviética, y reclamaba el «humanismo proletario» (como buen hegeliano, veía en ello el conocido esquema de la tesis, la antítesis y la síntesis). La conferencia que dio en París tuvo un enorme éxito entre los círculos intelectuales de izquierdas y constituyó un apasionado clamor en favor del humanismo y la democracia socialista.

Resulta difícil ignorar la idea, que ya el propio Borís Nikoláevski expresó, de que a la hora de hablar sobre la violencia como un factor de la construcción estatal Bujarin debía pensar no sólo en el ejemplo de la Alemania nazi, sino en sus adversarios ideológicos soviéticos que actuaban de la misma manera.

Es difícil comprobar si en los círculos superiores del poder soviético tuvo lugar un debate sobre la conveniencia de la democratización, debido al hermetismo del sistema partidario, y también al hecho de que Bujarin no escribió nada sobre estas conversaciones en París, por razones más que comprensibles en aquel momento. Tampoco pudo hacerlo más tarde: dos años después este brillante teórico, el «favorito del Partido» en palabras de Lenin, fue fusilado tras ser condenado en uno de los nefastos procesos públicos de la Gran Purga. Sin embargo, la existencia de las ideas del «humanismo proletario» y la autoidentificación soviética como «democracia» no puede ponerse en duda. Como tampoco puede ponerse en duda la presencia en la sociedad soviética de los defensores de la estrategia contraria, basada en el uso de la violencia. La guerra civil española desempeñó un papel importante en la victoria de los defensores del terror como instrumento de cohesión social en vísperas de una guerra mundial sobre los partidarios de una política que reclamaba el espíritu humanista, democrático y libertario de la revolución.

EXPEDIENTE

Pero, en agosto de 1936, esta pugna interna soviética todavía no se había resuelto. Los esfuerzos democráticos soviéticos eran evidentes, especialmente si se comparan con el rechazo de la democracia en los países fascistas, y la imagen de Stalin no era todavía la de un tirano omnipotente y sanguinario, sino la de un líder moderado y centrista con un gran carisma humano. De forma que, cuando el presidente español, Manuel Azaña, afirmó, en el curso de una entrevista concedida a M. Koltsov, que para él siempre era evidente que «la gran democracia soviética no podía menos de ser solidaria con la democracia española»,¹⁶ no sólo estaba intentando ser cortés, sino que expresaba una visión de la URSS que en aquellos años compartían muchos intelectuales occidentales.

Volviendo al asunto de la información que poseía la sociedad soviética, cabe decir que la principal fuente de información era la prensa, pero había otras. La editorial del Partido publicó hacia finales de 1936 un folleto de sesenta y cuatro páginas bajo el título «La España heroica», dirigido probablemente a los propagandistas del Partido que debían informar a los colectivos de trabajadores sobre la situación española durante las reuniones en las fábricas, las granjas colectivas y las oficinas (la tirada del folleto fue de 100.000 ejemplares). El texto ofrecía una información sorprendentemente rigurosa sobre la historia, la geografía y la economía españolas, analizaba la estructura de clases en el país; describía el advenimiento victorioso de la República, las tensiones sociales, el levantamiento de Asturias, el levantamiento de Franco y las atrocidades de los nacionales, y también explicaba de forma detallada la táctica que la URSS consideraba correcta para ganar la Guerra Civil.

El tema español estaba también presente en la música, el cine y el teatro de la época. Los musicólogos encuentran motivos españoles en la música de Dmitri Shostakóvich, y la música popular también experimentó la influencia

«española»: en los veranos de aquellos años la gente bailaba al son de melodías pseudoespañolas, como el foxtrot «Rio Rita», que batió todos los récords de popularidad.

Las salas de cine, antes del comienzo de la sesión, solían ofrecer un noticiario. Durante los años de la Guerra Civil este noticiario solía constar de un documental dedicado a los acontecimientos españoles. Román Karmén, joven documentalista de gran talento, llegó a Madrid pocas semanas después del comienzo de la Guerra Civil y recorrió, junto con Koltsov, una buena parte de la España republicana. Karmén regresó varias veces a España y filmó material suficiente (junto con B. K. Makaséev) para hacer veintidós entregas de la crónica titulada *Acerca de los acontecimientos españoles (1936-1939)* y el documental *España (1939)*.¹⁷ El espectador español tuvo la posibilidad de ver algunas de estas películas en 2006 en la televisión.

Los documentales de Karmén mostraban en toda su crudeza una realidad sin precedentes en la historia de Europa: bombardeos sobre ciudades indefensas, asesinato sistemático de civiles, casas en llamas, calles convertidas en ruinas, cadáveres ensangrentados de niños, mujeres que aullaban enloquecidas junto a los muertos. El 26 de diciembre de 1936, tras ver uno de estos documentales, N. Ustriálov, pensador político adscrito al nacionalismo ruso, escribió en su diario:

Camino del Instituto, entré en el cine documental de la plaza Strastnaia. Estoy bajo la impresión de las escenas de Madrid. Horror. Es un horror cotidiano. Una grandeza histórica. Episodios de la revolución mundial a la que la humanidad ya ha sido arrastrada. Es el «segundo turno de guerras y revoluciones».

El teatro siguió la misma línea. La producción de nuevas obras requería tiempo y un conocimiento profundo de la realidad española, de modo que se encontró una solución en la puesta en escena de obras clásicas que

recreaban el «colorido» español. En el invierno de 1936, en la cartelera del Teatro Bolshoi se anunciaba la *Carmen* de Bizet, y Ustriálov apuntó sus impresiones de la ópera tras asistir al espectáculo el 8 de diciembre. Los guionistas que adaptaban los temas clásicos españoles hacían con frecuencia una lectura propia dentro del contexto de la cultura rusa que a veces hubiera resultado insólita para un español: desde el siglo XIX, la figura de Don Quijote, por ejemplo, podía asociarse con la de un revolucionario. Además, dichos guionistas recibieron la instrucción de adaptar sus guiones de manera que hicieran pensar en los acontecimientos españoles del momento. Elena Bulgáková, la mujer del genial escritor y dramaturgo Mijail Bulgákov, crítico del poder soviético, escribió en su diario el 14 de diciembre de 1937 lo que el director del teatro le había encargado a su marido a la hora de hacer la adaptación de *Don Quijote*: «Le dijo que hay que hacer el 'Don Quijote' de tal manera que se pueda sentir la España actual. ¡Qué fastidio!».

Para escribir su obra, Bulgákov empezó a estudiar el español (se había publicado un manual de español para autodidactas con una tirada de 30.000 ejemplares), y en septiembre de 1937 intentó leer la versión original de la inmortal novela, según cuenta el diario de su mujer. Otro gran literato, el poeta Osip Mandelstam, también se puso a estudiar castellano en 1937. Según las memorias de su mujer, en aquel año Mandelstam leía y releía la poesía de los poetas judíos españoles. Con toda seguridad se trataba del libro editado en 1934 por la prestigiosa editorial Academia: *Poetas españoles y portugueses, víctimas de la inquisición. Poemas, escenas de las comedias, crónicas, descripciones del auto de fe, los protocolos, las condenas*, cuyo editor y traductor era Valentín Parnoj, poeta y amigo de Mandelstam. Su libro fue muy leído durante los años de la guerra civil española y, probablemente, cuando en septiembre de 1936 Koltsov vio Toledo como «el Toledo trágico de los inquisidores (...), de los mártires judíos

en el fuego», su percepción estaba teñida por las imágenes del libro de Parnoj.

También las revistas literarias, que publicaban obras contemporáneas, dedicaban un espacio importante al tema español. Por ejemplo, en 1937 seis de los doce números anuales de la revista *Zvezda* recogieron obras relacionadas con la actualidad española, tanto de autores soviéticos como españoles (Rafael Alberti, Antonio Machado, Pascual Pla y Beltrán). El final de la Guerra Civil no puso fin al descubrimiento de la literatura española que se había iniciado en aquellos años. Con menos intensidad, las revistas y editoriales soviéticas siguieron publicando las obras de los escritores españoles. En 1941, en vísperas de la invasión nazi, la genial poetisa Marina Tsvetáeva vertió al ruso las obras de Federico García Lorca. Se trata de uno de los rarísimos casos de traducción poética en que la versión traducida iguala al original en cuanto a valor literario.

Como se puede apreciar, el público soviético tuvo a su disposición una información variada y abundante sobre los acontecimientos españoles (aunque, sin duda alguna, dentro de una determinada tendencia), pero, en todo caso, fueron dos periodistas, Koltsov y Ehrenburg, los que ejercieron una mayor influencia en la formación de la percepción de los acontecimientos españoles. Examinemos, pues, a estos dos personajes.

Koltsov y Ehrenburg, Ilya Ehrenburg

Bujarin había sido amigo de Ehrenburg desde la escuela. La adolescencia de ambos coincidió con la Revolución de 1905. Eran los años en que una gran parte de la sociedad rusa llegó a la conclusión de que la revolución era necesaria para el progreso del país. Fue entonces cuando se formó una amplia cultura revolucionaria, compuesta a partes iguales de un profundo complejo de culpabilidad ante el pueblo llano, de un intenso sentimiento de amor hacia ese mismo pueblo, de un deseo

EXPEDIENTE

de sacrificio y de una pasión romántica por la aventura, una combinación que ya F. Dostoievski había atribuido a los «jóvenes rusos» (*rússkie málchiki*) en la novela *Los hermanos Karamázov*. Osip Mandelstam, que pertenecía a la misma generación y que en su juventud fue miembro del Partido de los Socialistas Revolucionarios, recordaba que:

Los jóvenes de 1905 iban a la revolución con el mismo sentimiento con que Nikolenka Rostov [uno de los protagonistas de *Guerra y paz* de L. Tolstói, el hermano de Natasha Rostova - O.N.] se había inscrito en el cuerpo de húsares: era una cuestión de enamoramiento y de gloria. Tanto los unos como los otros creían que era imposible vivir sin ser iluminados por la gloria de su siglo; tanto los unos como los otros consideraban que era imposible vivir sin la virtud y el valor. Era la continuación de *Guerra y Paz*, sólo que la gloria se encontraba ahora en otro lugar. (...) La gloria estaba en el Comité Central, la gloria estaba con los revolucionarios y la hazaña comenzaba por la prueba de la propaganda.

Ehrenburg, que aún no había cumplido los quince años, formó parte del grupo juvenil de los social-demócratas creado por Nikolái Bujarin y Grigori Sokólnikov, otro destacado bolchevique y futura víctima de los Procesos de Moscú. La policía zarista detuvo al joven rebelde y, para escapar la condena, sus padres, apelando a su mal estado de salud, lograron, en 1908, enviar al futuro escritor a París, lejos de la turbulenta Rusia.



En París, Ehrenburg conoció a Lenin con quien no tuvo una relación muy buena a causa de la cáustica impertinencia del joven. El joven escribió poesías y trabajó como periodista. Pronto Ehrenburg se hizo un hueco en los ambientes artísticos e intelectuales parisenses. Entre sus amigos figuraban Pablo Picasso, Paul Éluard, Louis Aragon, Diego de Ribera, Amedeo Modigliani, Marc Chagall, Guillaume Apollinaire, Chaim Sutin y Max Jacob.

Poco antes de la revolución, Ehrenburg marchó a Viena con Trotsky y trabajó para *Pravda*, pero las relaciones personales entre ambos fueron difíciles y el joven terminó por regresar a París. Cuando en 1917 cayó el zarismo, Ehrenburg volvió precipitadamente a San Petersburgo. Tras recibir con entusiasmo la Revolución de Febrero, Ehrenburg rechazó la toma del poder por parte de los bolcheviques. Cabe recordar que la violenta acción revolucionaria de Octubre se produjo en vísperas del nombramiento del primer gobierno democrático elegido en los primeros comicios libres en Rusia; los bolcheviques, que habían recibido pocos votos, apartaron del poder a otros partidos socialistas más votados. La brutalidad de la guerra civil le horrorizó y, refugiado en Kiev, Ehrenburg escribió una serie de artículos virulentamente antibolcheviques.

En 1921 regresó a Moscú, donde fue detenido por la Checa bajo la sospecha de ser espía blanco. Liberado poco después gracias a la protección de Bujarin, Ehrenburg, con la ayuda de éste, emigró a París, donde volvió a integrarse en el ambiente intelectual y artístico de la izquierda y donde alcanzó la fama internacional tras la publicación, en 1922, de su novela *Julio Jurenito*, en la que anticipó los grandes problemas del siglo XX: el fascismo, el totalitarismo y el antisemitismo.

En la década de 1920, Ehrenburg publicó sus novelas en editoriales de Moscú y Leningrado (no obstante, siempre manteniendo una cierta distancia frente al gobierno bolchevique) y ocasionalmente sus reportajes aparecieron en

los periódicos soviéticos. Tras el triunfo de la República española, en 1931, Ehrenburg, varias de cuyas obras habían sido traducidas al castellano, llegó a España como corresponsal de *Izvestia*. Al año siguiente publicó *España*, libro que se imprimió en primer lugar en ese país bajo el título *España, república de los trabajadores* y que suscitó una gran polémica en la prensa española de la época.

Las impresiones de su estancia en España, al igual que lo que pudo observar en Alemania en vísperas del nazismo, lo obligaron a tomar la decisión de «ocupar un puesto en el combate», al que Ehrenburg permaneció fiel hasta el final de su vida. El mayor dilema de la época era decidir si los terribles defectos de la construcción socialista en la Unión Soviética eran «enfermedades de crecimiento» o rasgos inherentes al sistema. Finalmente, el escritor, como muchos otros, resolvió la ecuación en favor de la URSS. En 1932 se convirtió en el corresponsal de *Izvestia*, cuyo redactor en jefe era entonces Nikolái Bujarin.

En 1934, cada vez más preocupado por el rápido avance del fascismo en Europa, Ehrenburg, tras recibir el visto bueno de Bujarin, escribió a Stalin proponiéndole crear una Asociación de Escritores Antifascistas sobre la base ideológica más amplia posible, y capaz de convertirse en el centro de un futuro movimiento antinazi europeo. La idea le gustó a Stalin, quien a partir de este momento empezó a considerar a Ehrenburg como a uno de sus representantes en Occidente, como a un mediador entre la intelectualidad de la Europa capitalista y el régimen soviético.

El alzamiento militar, que Ehrenburg había predicho, le sorprendió en París. Más tarde escribiría que «para unos la vida se partió en dos el 22 de junio de 1941 [fecha de la invasión nazi de la URSS - O.N.], para otros el 3 de septiembre de 1939, para algunos el 18 de julio de 1936». Ehrenburg, sin duda alguna, pertenecía a estos «últimos».

La redacción de *Izvestia*, no obstante, no se decidía a enviarlo a España, y Ehrenburg redactaba sus correspondencias desde París (la primera la envió el 25 de julio de 1936), basadas en los análisis de la prensa francesa y española. Al final de agosto, sin haber recibido el permiso formal para dirigirse a España, abandonó Francia y cruzó la frontera. Tras este acto de desobediencia, permaneció en España largas temporadas desde 1936 hasta 1939 y redactó para *Izvestia* la serie de artículos *Cartas de España*, que más tarde publicaría en una recopilación titulada *El templo español* (Moscú, 1938). También escribió la novela «española» *Qué necesita el hombre*, que vería la luz en 1937. En aquellos años publicó asimismo dos libros de fotos españolas. Tras la derrota de la República, Ehrenburg publicó un libro de poemas dedicado a España y titulado elocuentemente *La fidelidad*. En la última obra de su vida, sus magníficas memorias, *Gente, años y una vida*, muchas de sus páginas están dedicadas a España.

A diferencia de Koltsov, que pasaba la mayor parte del tiempo en Madrid, la sede de Ehrenburg era Barcelona, aunque ambos corresponsales viajaban por todo el país. Además, Ehrenburg frecuentemente visitaba París, donde ayudaba a André Malraux a recolectar fondos para comprar aviones destinados a la República, consultaba a los voluntarios que se dirigían a las Brigadas Internacionales y organizaba campañas de solidaridad. En cierta ocasión, acudió a su casa parisiense Vladímir Antónov-Ovséenko, el histórico líder bolchevique que había dado la orden de tomar el Palacio de Invierno y detuvo el Gobierno Provisional, para decirle que sus sugerencias de establecer una representación diplomática en Barcelona y de acercarse a los anarquistas habían sido aceptadas:

Se debatió sobre su telegrama y estamos de acuerdo con usted. Me han nombrado cónsul en Barcelona. En Moscú se cree que el acercamien-

EXPEDIENTE

to entre Cataluña y Madrid está dentro de los intereses españoles.

Moscú también aceptó otro plan de Ehrenburg para crear una unidad de propaganda, consistente en una tipografía transportable y un camión-cinematógrafo que se movía por el Frente ofreciendo las películas soviéticas, de cuya selección se ocuparía el escritor. El camión-cinematógrafo quedó adscrito al Comisariado de Propaganda del Gobierno catalán y Ehrenburg viajó con él al Frente de Aragón. Un poco más tarde escribió a Antónov-Ovséenko:

En cuatro días pudimos publicar siete periódicos, que imprimíamos en el frente o en la retaguardia cercana (...), así como organizar siete sesiones de cine, mostrando la película *Chapáev* y organizando pequeños mítines (...). Tras ver la película sobre Chapáev, los milicianos decidieron nombrar centinelas nocturnos (...). Es necesario organizar seriamente la propaganda en el frente y en el área fronteriza del frente, así como entre las tropas enemigas. (...) Si usted me lo permite, seguiré trabajando en esto.¹⁸

Otros informes de Ehrenburg dirigidos al embajador soviético Marcel Rosenberg (quien a su vez los enviaba a Stalin) fueron publicados por R. Radosh, M. R. Habeck y G. Sevostianov.¹⁹ Resulta difícil aceptar el punto de vista de estos autores, según el cual Ehrenburg, como otros soviéticos, «entendían su relación con los anarquistas como algo cercano a la guerra abierta». Más bien parece que, desde su primera visita a España, en 1931, Ehrenburg mantuvo una actitud conciliadora hacia los anarquistas, como se refleja en sus artículos «El discípulo de Bakunin» y «Epílogo español», en los que presentaba una imagen heroica e indudablemente positiva de los libertarios, aunque se distanciara de sus ideas:

El discípulo de Bakunin no está solo; hay muchos tanto en Fernán Núñez como en Jerez o en Sevilla. No cuesta mucho demostrar que sus teorías son confusas. No cuesta mucho llegar a la

conclusión de que su táctica, esa improvisación constante, esas huelgas graduales, esos tiroteos esporádicos han llevado y llevan a la derrota a los obreros.

Pero ahora, en este club de los socialistas, bajo el retrato de la República, junto al elocuente veterinario, no se sienta un teórico, sino un hombre vivo, un jornalero de Fernán Núñez, un soñador y visionario, si queréis, pero un hombre valiente...

«Epílogo español» proporcionaba una visión muy positiva de Durruti, y, durante la Guerra Civil, Ehrenburg, a diferencia de muchos otros soviéticos, abogó por el acercamiento a los anarquistas, aunque desaprobara sus métodos de organización militar. En su artículo de 1936 titulado «Junto a Durruti», el líder anarquista es presentado como un héroe popular. En su carta de 17 de noviembre de 1936 dirigida a Antónov-Ovséenko Ehrenburg, tras describir la situación en la retaguardia del Frente de Aragón, dominado por los anarquistas (los fusilamientos de los críticos del sistema del «comunismo libertario» instalado en los pueblos controlados por los anarquistas, la suspensión del comercio, etc.), Ehrenburg, no obstante, observa:

He de decir, sin embargo, que todo esto se debe más a la ignorancia que a la mala voluntad. Es posible persuadir a los anarquistas locales. Por desgracia, en el PSUC hay pocas personas que entiendan cómo hay que hablar a los anarquistas. La mayoría de los militantes del PSUC declaran públicamente que «los fascistas son mejores que los anarquistas».²⁰

No en vano Antónov-Ovséenko le hizo la siguiente petición:

Acuda sin falta al frente de Aragón. Usted sabe hablar con los anarquistas. Allí no hay ninguno de nosotros (los terminan echando a todos). Pero ellos hablan con usted, y usted puede hacer que entren en razón.

Otro periodista soviético, Ovidi Sávich, amigo de Ehrenburg, también actuó algunas

veces como mediador. Ehrenburg recordaba una solicitud del embajador soviético Serguéi Marchenko dirigida a Sáwich:

Hable con el nuevo ministro del Interior, es un socialista, tantéele, averigüe cuál es su actitud, para usted es más fácil que para mí, Usted es un periodista.

Los artículos de Ehrenburg, apasionadamente antifascistas y cargados de emoción, resultan, sin embargo, menos informativos que los de Koltsov. Más próximos a la tradición literaria que a la periodística, sus reportajes, muy cargados de munición propagandística, ilustraban la idea de Bujarin de que la lucha antifascista debía organizarse en torno a la defensa de los valores humanistas. La tesis de Bujarin sobre la oposición entre la cultura y el humanismo por un lado y el fascismo por el otro constituyó el principio organizador del trabajo de Ehrenburg en España:

En octubre de 1936, en una reunión solemne celebrada en la Universidad de Salamanca, el general fascista Millán Astray se levantó y gritó: «¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte!». No es algo que nosotros le atribuyamos, ésas son sus propias palabras (...).

Estuve en una callejuela de la ciudad vieja... (...) ...Un hombre mayor con el cabello blanco sacaba de debajo de las piedras a un niño, tal vez su propio hijo. Quienes sean padres me entenderán. No añadiré ni una palabra más.

(...) Hay piedras que tienen el mismo valor que los hombres. En Barcelona hay una catedral magnífica de los siglos XIII-XIV: arquitectura románica, gótica y prerrenacentista. (...)

Esta mañana una bomba italiana rompió el tejado de la catedral. (...)

...¿Quién mutiló la catedral de Barcelona? Los católicos, que hace dos semanas habían sido bendecidos por el Papa. Italianos. Fascistas. Gente que no para de hablar de los sagrados valores nacionales, de las tradiciones, del pasado. Se han vengado de la catedral, como se han vengado de un niño, se han vengado del pasado, como lo ha-

cen del futuro. (...) Ellos vienen del país de Donatello, de Leonardo da Vinci, de Veronese. Pero son unos bárbaros. Hay que apartarlos de la humanidad, pues de otro modo esta noche oscura y bochornosa será la última noche de Europa.²¹

La derrota de la España republicana fue para Ehrenburg una pérdida personal. Muchos años más tarde escribió:

Acabo de preguntarme por qué, cuando comienzo a describir los años de la guerra española, me emociono (...). Ha pasado un cuarto de siglo y más tarde viví una guerra más terrible que aquella. Muchas cosas las recuerdo de una forma sosegada, pero sigo pensando en España con una ternura especial, con nostalgia. (...)

En la Europa de la década de 1930, turbulenta y humillada, costaba respirar. El fascismo avanzaba y, además, avanzaba impunemente. Cada estado, cada persona soñaba con su salvación individual, con salvarse a cualquier precio, callar para salvarse, pagar su salvación. (...) Pero hubo un pueblo que dio la batalla. No pudo salvarse a sí mismo, no pudo salvar a Europa, pero si las palabras «dignidad humana» no perdieron sentido para mi generación, fue gracias a España. Ella se convirtió en el aire que respirábamos.

Entre 1937 y 1938 Ehrenburg pasó un tiempo en Moscú y pudo presenciar con horror la destrucción de la generación que había hecho la Revolución, la detención de muchos de los soviéticos que habían luchado en España, las condenas de los amigos de su juventud, Nikolái Bujarin y Grigori Sokólnikov en los vergonzosos Procesos de Moscú. Él mismo se encontró bajo sospecha, y sólo la intercesión en su favor de poderoso Koltsov le permitió regresar a París. Profundamente afectado por todo lo visto, Ehrenburg mantuvo, sin embargo, que durante el Gran Terror fue destruida una generación de revolucionarios, pero no la idea de la revolución.²²

Ehrenburg vivió muchos años después de la derrota de la República. Tras la caída de París en 1940 regresó a la URSS. Durante la Segunda Guerra Mundial sus artículos le merecieron

EXPEDIENTE

una enorme fama en su país, al tiempo que le procuraron el intenso odio de los nazis (Hitler llegó a ofrecer un precio por su cabeza y la máquina de propaganda nazi lanzó toda clase de calumnias sobre el escritor).

Tras la muerte de Stalin, Ehrenburg fue uno de los primeros que lucharon, con sus libros y su autoridad, para restablecer la memoria de los desaparecidos en las purgas estalinistas. Sin embargo, caben pocas dudas de que hasta el final de su vida Ehrenburg, cuyo credo vital fue el derecho a la herejía, permaneció fiel a «la esperanza profética» en la futura «primavera»: la liberación del hombre que simbolizó para él la Revolución.²³

Mijaíl Koltsov

Es difícil escribir sobre Mijaíl Koltsov. Detenido en 1939 bajo la absurda acusación de ser trotskista y espía fascista, torturado salvajemente, y privado hasta de sepultura (probablemente fue enterrado junto con otras víctimas en un lugar secreto), este hombre brillante, atrevido y enérgico no tuvo la suerte con la que fue bendecido Ehrenburg: la suerte de vivir lo suficiente como para comprender y condenar públicamente el estalinismo y reclamar el principio libertario, humanista y creativo de la Revolución Rusa aplastado por su otro lado, violento, destructivo y claustrofóbico. Cuando le fusilaron, Koltsov era aún joven, y su personal camino de comprensión de lo que estaba pasando a su alrededor en el terrible año de 1937, el año del Gran Terror, acababa de iniciarse. ¿Qué habría hecho si hubiera sobrevivido y hubiera podido conocer la denuncia de los crímenes estalinistas que resonó como un trueno en 1956, liberando y redimiendo a la sociedad soviética? Nunca lo sabremos.

Sin embargo, el enorme talento y la gran calidad personal de aquel hombre, de los que se acuerdan muchos quienes lo conocieron, merecen, cuanto menos, un recuerdo, y es particularmente importante que se le recuerde

en España, un país al que Koltsov amó tanto, y por el que tanto arriesgó su vida.

Mijaíl Koltsov nació en 1898. Era siete años más joven que Ehrenburg, y esta diferencia de edad resultó ser más importante en aquella época que en otros tiempos más tranquilos. Al contrario de Ehrenburg, Koltsov no tenía recuerdos conscientes de la Rusia imperial en sus momentos de normalidad, y a la hora de rechazar ese mundo pasado, no dudó. Tampoco pudo conocer la riqueza cultural y artística de la Europa anterior a 1914 que había deslumbrado a Ehrenburg. La adolescencia de Koltsov transcurrió en los momentos de aguda crisis provocada por la Primera Guerra Mundial. Sólo se acordaba de la Europa convulsionada y desangrada, de los trenes llenos de soldados mutilados, de los refugiados desesperados que huían a la capital tras haberlo perdido todo ante el avance del enemigo en el frente, de la obsesiva búsqueda de espías y enemigos internos. Para Koltsov, y éste es un rasgo más bien generacional que individual, el mundo anterior a la Revolución no tenía ningún valor, no merecía ninguna nostalgia. La gigantesca ola de la Revolución lo levantó y lo llevó consigo, y él se dejó llevar. Atrás quedaba el mundo de la guerra, la pobreza, el atraso, la injusticia y la discriminación (Koltsov era judío). Delante estaba esperando un mundo nuevo, racional, justo, mecanizado, moderno, libre, pacífico: el mundo del futuro. La elección era clara.

A los diecisiete años, recién llegado a San Petersburgo para estudiar en la Universidad, Koltsov entró en los dos ambientes que haría suyos durante su corta vida: el periodismo y la política. En 1915 publicó una larga entrevista con A. Kerenski, que pronto se convertiría en la figura más importante del Gobierno Provisional. Cuando estalló la Revolución de Febrero, Koltsov tomó parte en ella de una forma muy activa: como periodista, pasando las noches en vela en la sede de la Revolución, para no perderse ninguno de los debates, y como revolucionario, participando en la de-



tención de los ministros zaristas y desarmando a los policías. El periodismo, para Koltsov, era una forma de tomar el pulso a la historia, pero no como un observador imparcial, sino como un protagonista activo y apasionadamente comprometido.

La Revolución de Octubre le desorientó. Tras unos primeros momentos de vacilación, Koltsov se acercó a León Trotsky, que entonces aún no pertenecía al Partido Bolchevique. Cuando Trotsky decidió entrar en el partido de Lenin, Koltsov lo siguió, y su carta de recomendación ante las autoridades bolcheviques fue firmada por dos famosos revolucionarios que mantenían visiones muy diferentes sobre la revolución: Trotsky, defensor de la línea dura, y A. Lunacharsky, partidario de la línea humana.

El terror rojo horrorizó a Koltsov, que buscó refugio, al igual que Ehrenburg, en su Kiev natal, esa Valencia de la Revolución Rusa que todavía conservaba un efímero bienestar en medio de un país atormentado por el hambre y desgarrado por la lucha civil. En la Kiev de 1918, Koltsov publicó una serie de artículos en los que denunciaba las atrocidades cometidas por los bolcheviques, pero en 1919 ya lo

encontramos fuera de Kiev, ocupado entonces por los blancos, en el tren de propaganda del Ejército Rojo. S. Prokófieva, que trabajó junto a él, lo recordaba como un bolchevique convencido. ¿Qué había pasado? ¿Por qué se produjo en Koltsov este cambio?

Koltsov no nos dejó ninguna pista al respecto, rasgo característico de una época en la que lo que ayer era aceptado e inocente mañana podía ser peligroso y comprometedor, obligando a la gente a destruir cartas, diarios y fotografías, a no recordar. No obstante, un documento único de la época, las cartas de 1917 a 1919 que se han conservado, pese al evidente peligro, por una mujer que amaba abnegadamente a su autor, nos permiten reconstruir lo que pudieron pensar y sentir muchos rusos del bando de la Revolución pero críticos del bolchevismo en aquellos años cruciales:

Cuando me tropiezo con un feroz adversario del bolchevismo, un adversario que contrapone al bolchevismo «los buenos viejos tiempos» y «el estado civilizado», siento rabia, y si tuviera que elegir, elegiría el bolchevismo. Pero no hace falta elegir, y yo no acepto ni lo ni lo otro: ni el juego infantil de los bolcheviques, ni de la clase «civilizada» que vendrá tras su derrota. Pero, en cualquier caso, todas las cosas absurdas y horribles del régimen actual [bolchevique - O. N.] no son capaces de hacer que me reconcilie con las cosas absurdas y horribles de la cultura occidental actual, con su opresión de clase y del individuo, con su aburguesamiento, con su loco despilfarro de las fuerzas productivas. (13-11-1918)

¡La revolución en Alemania! (...) ¿Y quién se atrevería a afirmar que el bolchevismo no desempeñó en esta revolución un papel, y además un papel nada desdeñable? (...) Para mí, el Rubicón ha sido cruzado: ¡soy un bolchevique! (10-11-1918)

Luché contra el bolchevismo mientras creía que éste podía ser vencido por las fuerzas internas. Cuando empezó la invasión extranjera y se hizo evidente que el bolchevismo sólo podría ser derribado mediante los esfuerzos conjuntos del capital extranjero y ruso, comencé a reconsiderar los hechos y llegué a la conclusión de que, tanto

EXPEDIENTE

desde el punto de vista socialista como del nacional, debo aceptar el bolchevismo... (13-1-1919)²⁴

No sabemos si lo que sentía y pensaba Koltsov en aquellos años se parecía a lo que sentía el autor de estas cartas. Pero, en todo caso, en 1919 también él había cruzado el Rubicón: a partir de aquel momento toda su vida se dedicaría a la causa del bolchevismo. A diferencia de Ehrenburg, quien, en el lenguaje de la época, era «un compañero de viaje», Koltsov sería un soldado del partido. Entre los años 1920 y 1921 trabajó en el Comisariado de Asuntos Extranjeros y en la Comintern. En 1922 entró en *Pravda* de la mano de la hermana de Lenin, María Uliánova, una de las redactoras en jefe del periódico. El otro redactor era por entonces Nikolái Bujarin. Sin dejar de trabajar en *Pravda*, Koltsov creó y dirigió varias revistas, la mayoría de las cuales no han perdido su popularidad hasta ahora: *Ogonek*, *Krokodil* y *Chudak*. También en aquellos años fundó la Agrupación de Revistas y Periódicos (Zhurgaz).

En 1924 Stalin le reprochó el haber elogiado a Trotsky en la revista *Ogonek*, pero cuando a finales de esa década se produjo el cisma definitivo entre los trotskistas y los estalinistas, Koltsov apoyó sin vacilaciones al programa de Stalin, con lo cual se ganó el odio perdurable de Trotsky. En 1930 Koltsov dedicó a Stalin varios artículos laudatorios y un libro que fueron muy bien acogidos por el público, ya que se trataba de unos elogios muy sutiles, casi en el límite de lo permitido. Éste era un rasgo característico del estilo de Koltsov: su éxito como periodista se debía no sólo a su gran talento literario, sino también a su capacidad de andar en el filo entre lo prohibido y lo lícito, sugiriendo más que afirmando, convenciendo sin imponer, cualidades muy valoradas por los lectores en los estados autoritarios. Demasiado inteligente para no ver que la sociedad en que vivía distaba mucho de ser una utopía, Koltsov interpretaba que los lados oscuros de la vida soviética eran «defectos» propios de la construcción del socialismo, y dedicó una

gran parte de su trabajo periodístico a escribir textos satíricos en los que denunciaba y ridiculizaba las taras del socialismo.

Hombre ambicioso, poseía una inmensa energía, creatividad y capacidad de trabajo. Muy pronto Koltsov se codeó con la *crème de la crème* de la nueva aristocracia partidaria y cultural de la URSS. En una foto de 1930 lo vemos en compañía del círculo de V. Maikovski,²⁵ entre Lilia Brik, la musa del gran poeta futurista, y el alto mando del NKVD Ya. Agránov. Dos jefes de esta temible institución, G. Yagoda y N. Yézhov, también eran conocidos de Koltsov. El escritor debía encontrarse con Yagoda cuando frecuentaba la casa de M. Gorki, y también conocía a otros altos mandos del NKVD: Sofia Prokófieva, su amiga desde los tiempos de la guerra civil y colega de la revista *Ogonek*, estaba casada con el segundo del NKVD en los tiempos de Yagoda. Nikolái Yézhov, que sustituyó a Yagoda como jefe del NKVD y cuyo nombre se vincula con la terrible Purga de 1937, también era conocido de Koltsov: su mujer Evguenia Yézhova tenía un salón literario al que acudían los escritores de moda, Koltsov entre ellos. Circulaban rumores de que él, como muchos otros, había sido en algún momento amante de Yézhova.

Sin embargo, según el experto ruso A. Váksberg,²⁶ existen pruebas documentales que demuestran que Koltsov no trabajaba para el NKVD. Váksberg afirmó en uno de sus libros, así como en la entrevista concedida a la autora del presente artículo, que Koltsov trabajaba para la Inteligencia Militar (GRU), cumpliendo diversos encargos. De ser cierto, esto arrojaría una nueva luz sobre la actuación de Koltsov en España. Cabe recordar que en España Koltsov asombraba a sus interlocutores por su conocimiento profundo de los asuntos militares, y el presidente vasco, José Antonio Aguirre, tras conversar con él, se negó a creer que se trataba de un simple periodista. «Es un militar de alto rango, como usted», le dijo Aguirre al consejero militar soviético Vladímir Górev.²⁷

Es indudable, al menos, que, desde el inicio de su carrera, el trabajo de Koltsov tuvo una doble vertiente militar y propagandística; también es verdad que Koltsov estuvo vinculado con el trabajo en el exterior. En 1930 su labor militar propagandística fue premiada con la Orden de la Estrella Roja con que se premiaban los «méritos extraordinarios en la causa de la defensa de la URSS en tiempos de guerra y de paz» por la organización y la propaganda de una de las hazañas de la aviación soviética.

Otro aspecto del trabajo propagandístico de Koltsov eran los contactos con los intelectuales occidentales que simpatizaban con la causa socialista. Koltsov fue uno de los organizadores del Congreso de Escritores de 1934, encargándose de recibir a los representantes extranjeros, entre los que figuraban Gustav Regler, Anna Zegers y André Malraux. También fue él quien organizó la visita a la URSS de Lion Feuchtwanger. Resultado de este viaje fue el apologético libro *Moscú, 1937* del escritor alemán. Asimismo, Koltsov mantuvo relaciones con escritores españoles, como Rafael Alberti y María Teresa León.

En 1931 Koltsov visitó por primera vez España, donde conoció a los comunistas españoles y previó el gran futuro político de la *Pasionaria*, contribuyendo a su promoción en los círculos de la Comintern. Sus impresiones de aquella época están reflejadas en el libro ya citado al inicio de este artículo: *La primavera española*.

En 1936 Koltsov fue uno de los primeros soviéticos que acudieron a España. Llegó no más tarde del 8 de agosto de 1936, y permaneció en el país durante poco más de un año y medio. Sus reportajes españoles se publicaban casi a diario en *Pravda*. Cuando Moscú le exigió volver, Koltsov reelaboró sus correspondencias publicando por entregas su libro sobre los meses pasados en España, bajo el título *Diario español (1938)*. En este libro aparece un personaje que no estaba en sus artículos de *Pravda*: Miguel Martínez, «un hombre de pequeña es-

tatura, comunista mexicano, que llegó, como yo, ayer a Barcelona», según escribió Koltsov en la entrada del diario correspondiente al 9 de agosto de 1936. Según la opinión más generalizada, Koltsov utilizó ese pseudónimo para describir su trabajo como consejero político (según expresión de Ehrenburg), algo de lo que no se podía hablar libremente dado que la URSS nunca reconoció oficialmente su participación en la guerra española. La identificación de Koltsov con Miguel Martínez fue hecha por personas que conocieron muy de cerca cuál era su labor en España: los corresponsales soviéticos Ehrenburg y Sávich o el militar Alexéi Eisner. Otras personas bien informadas, como el periodista norteamericano Louis Fischer y la traductora del consejero militar soviético Emma Wolf, no dudaron en señalar que las responsabilidades de Koltsov en España no se limitaban al trabajo periodístico. Emma Wolf, como algunos otros, mencionó que a Koltsov lo llamaban «Miguel» en España. Con este mismo nombre, Miguel, lo llamó Stalin durante la entrevista que ambos mantuvieron en mayo de 1937.²⁸ También así se transcribió su nombre en las portadas de sus libros publicados en España: Miguel Koltsov. Fischer lo describió como «los ojos y la boca de Stalin en España», lo que queda corroborado por la observación de I. Ehrenburg de que Koltsov se dedicaba a la alta política.²⁹ Corresponsales extranjeros, como Claude Cockburn o Ernst Hemingway, que conocieron de cerca a Koltsov en España, mantuvieron la misma opinión. Hemingway quedó tan impresionado por la actividad de Koltsov en España que lo convirtió en uno de los personajes (Karkov) más importantes de su novela *Por quién doblan las campanas*.

Lev Slavin, una persona próxima a Koltsov, contó en sus memorias que uno de los dirigentes de la Unión de los Escritores de la URSS, el miembro de la alta *nomenklatura* V. Vishnevski, había dicho públicamente al regresar de España: «Hemos dado tanques a España. Hemos dado aviones a España. Hemos dado a Mijaíl

EXPEDIENTE

Koltsov a España». Slavin explicaba así las palabras de Vishnevski: «Mijaíl Koltsov realizó en España una importante labor militar y política».³⁰ Por otro lado, las memorias de Arturo Barea también muestran a un Koltsov cuya autoridad superaba con creces la de un periodista extranjero, aunque fuera el corresponsal de *Pravda*. Nina Gordon, que fue su secretaria durante muchos años, recordaba que en 1937, cuando Koltsov regresó a Moscú, lo invitaron a un banquete en el Kremlin.

Al cabo de un día o dos llegó a Zhurgaz [la Agrupación de Revistas y Periódicos, creada y dirigida por Koltsov - O.N.] muy temprano por la mañana, todavía no había casi nadie. Me miró con unos ojos inusualmente serios, pensativos. Y yo le pregunté alegremente: ¿es verdad que el primer brindis fue en su honor? ¿Que Voroshilov se levantó y dijo: «Brindo por el héroe de España, Mijaíl Koltsov», y que Stalin levantó su copa?

—Es verdad —respondió de una forma extrañamente apagada Mijaíl Efimóvich [Koltsov - O.N.]. Y agregó: —Todo esto no me gusta nada, Nina querida.

Lo miré confundida, me parecía que todo iba bien: ¡su labor y su valor mostrados en España eran tan apreciados!

En otoño de 1938, Zhurgaz fue cerrada.³¹

Sin embargo, en los libros recientemente publicados de Ángel Viñas y Paul Preston³² la asimilación de Koltsov con Miguel Martínez ha sido revisada. Ambos autores sugieren que en la imagen de Miguel Martínez están fundidos varios personajes. Viñas piensa que bajo el nombre de Martínez, aparte de Koltsov, se oculta I. Grigulévich, que trabajaba para el NKVD en España. Preston incluye, además de a Grigulévich, a Górev en esta imagen. Ambos proponen minimizar «el mito de Koltsov» revisando su actuación española. Examinemos sus argumentos.

Viñas estudia la figura de Miguel Martínez en relación con la matanza de Paracuellos. Le extraña que el personaje fuese presenta-



do como un «mexicano» que habla ruso (p. 57). Llama la atención sobre los silencios del *Diario español*: «No hizo la menor alusión a la llegada de Rosenberg ni a la presencia en Madrid de militares rusos» (p. 60). Considera que la sugerencia de Miguel Martínez de evacuar a los presos de la Cárcel Modelo en los momentos en que se esperaba la caída de Madrid fue criminal, y si su autor hubiera sido Koltsov, los que le recordaron no podrían haberlo hecho con tanta simpatía y haber lamentado su muerte en las mazmorras del NKVD: «El que a hierro mata, a hierro muere», argumenta Viñas (p. 59). El general Rojo, que había conocido muy bien a Koltsov, elogió en sus memorias la labor de «Miguel Martínez» en la defensa de Madrid, entrecambiando el nombre y evitando mencionar el nombre de Koltsov (p. 59). Finalmente, Viñas cita un fragmento del informe del consejero militar soviético, Górev, en el que éste se refería al trabajo de Koltsov como «encargos» suyos (p. 64). También señala que no existe ninguna traza documental sobre la especial relación entre Koltsov y Stalin. Según Viñas,

«Miguel Martínez» es una amalgama entre Koltsov y Iósif Grigulévich, judío proveniente de la Lituania zarista que había emigrado a la Argentina y que trabajó, gracias a su conocimiento del español, a las órdenes del NKVD. En este caso, fue Grigulévich, detrás del que operaba Orlov, el jefe del NKVD en España, el que habría dado la orden de liquidar a los presos de la Cárcel Modelo.

La argumentación de Preston desarrolla la de Viñas. Preston señala que los rumores sobre la constante comunicación telefónica entre Koltsov y Stalin son falsos, basándose en el testimonio de Santiago Carrillo quien, afirmó, no obstante, que en los días de la defensa de Madrid (noviembre de 1936) Koltsov había sido más importante que el embajador soviético (p. 209). También pone en duda la afirmación, basada en la identificación entre Miguel Martínez y Koltsov, de que el corresponsal de *Pravda* tuviera un papel decisivo en la creación del sistema de comisarios políticos, afirmando que «el mencionado Miguel Martínez era Grigulévich, Górev o algún otro consejero» (p. 213). Preston también considera improbable la afirmación del *Diario español* de que el comisario general Álvarez del Vayo mantuviera todas las tardes una reunión en el Ministerio de la Guerra con sus vicecomisarios y con Koltsov. De acuerdo con Preston, «es mucho más factible que la persona que participó en las reuniones fuese algún ruso de alto rango en vez de Koltsov» (p. 214).

A mi modo de ver, en todos estos argumentos hay puntos dudosos. Koltsov no escribía para los futuros historiadores, sino para el público soviético de 1938 que supiera interpretar sus alusiones y que conociera la jerga que se utilizaba para referirse a las cosas oficialmente innombrables. En esta jerga, y esto está bien documentado, por extraño que le puede parecer a un español, la palabra «mexicano» o «gallego» significaba «soviético».³³

En 1938, cuando Koltsov publicó su libro, el peligro de la guerra estaba en el ambiente y se

produjo un cambio en la propaganda soviética: en la gran pantalla aparecieron películas que evocaban la futura contienda: *Alejandro Nevski* de S. Eisenstein y *Si mañana es la guerra* de E. Dzigan. El tema de esta última película, extraordinariamente popular en aquellos años, se escuchaba en la radio y se interpretaba en conciertos. El *Diario español* de Koltsov participaba en la misma campaña: una gran parte del libro es una reflexión sobre las lecciones de la guerra civil española y sobre la guerra del futuro. La actuación de los diplomáticos soviéticos en España no le interesaba a Koltsov; él escribía para preparar a los futuros soldados soviéticos para lo que les podía esperar en el futuro, y para educarlos, como un buen comisario, en los ejemplos de valor mostrados por los combatientes en España.

No es cierto que Koltsov no hiciera en su libro ni la menor alusión a los militares soviéticos. Por el contrario, Koltsov se refirió a numerosos soviéticos, sólo que empleando sus «nombres españoles»: «El ingeniero militar Basilio» es Vladimir Górev, el tanquista «Simón» es Semén Osadchii, «el general Douglas» es el general Ya. Smushkevich, «el coronel Julio» es el aviador Iván Pumpur, «Pablo» es el jefe del segundo grupo de tanquistas Dmitri Pávlov, «Enrique López» y «Jorge García» son el aviador Gueorgui Zajárav, «Santiago» es el tanquista Vasili Nóvikov, etc. Koltsov era propagandista del Ejército Rojo (no en vano publicó en español su libro *Hombres del Ejército Rojo*),³⁴ un «trabajador político-militar» (*politrabotnik*) y en su *Diario español*, como en muchas de sus publicaciones no españolas, describió en términos elogiosos a los combatientes soviéticos que lucharon heroicamente en España. Pero en 1938 había que hacerlo con sumo cuidado, ya que muchos de los militares soviéticos que habían vuelto de España fueron represaliados, al igual que fue represaliado el primer embajador, Marcel Rosenberg. Koltsov no podía hablar de ellos llamándolos por sus verdaderos nombres.

EXPEDIENTE

Tampoco es convincente el argumento de que «el que a hierro mata, a hierro muere». La guerra consiste precisamente en el uso permanente de la violencia en contra del enemigo, y aunque la ejecución sumaria de adversarios políticos siempre resulte moralmente deplorable, es necesario ponerse en las circunstancias del momento para entender las motivaciones de quienes tomaban ese tipo de decisiones: Madrid estaba asediada y amenazada no sólo por el ejército de Franco, que estaba practicando una represión sistemática y sanguinaria en los territorios que dominaba, sino también por la «quinta columna» que operaba en la retaguardia. No se pueden justificar los fusilamientos de Paracuellos, como tampoco los otros muchos cometidos por el ejército sublevado, pero, en cualquier caso, no existe ninguna prueba documental de que Koltsov hubiera sugerido el asesinato de los presos. Su *Diario* menciona únicamente la evacuación.

El hecho de que el general Rojo no revelara en sus memorias, publicadas en 1966, el verdadero nombre de «Miguel Martínez» se debe, a mi modo de ver, a que la detención de Mijail Koltsov, a diferencia de lo que ocurrió con los otros «españoles» soviéticos, fue ampliamente conocida en Occidente. Sávich recordó que había sabido de la detención de Koltsov en 1938 por la revista *Escucha*, que recogía datos importantes encontrados en la prensa y la radio fascistas y que estaba destinada a un número restringido de políticos, militares españoles y los consejeros soviéticos.³⁵ ¿Cómo podía Rojo elogiar públicamente el trabajo secreto de alguien que había sido detenido como espía fascista?

El informe de Górev, en mi opinión, describe en términos muy semejantes (juzgo a partir de la traducción española, no pudiendo, por desgracia, conocer el texto original ruso) las actuaciones de Koltsov y Orlov, jefe de los servicios secretos INO, pertenecientes al NKVD (Orlov, en todo caso, no era un

subordinado de Górev): Koltsov, escribió Górev, «cumplió de forma absolutamente leal los encargos»; Orlov «ejecutó lealmente las exigencias». No se puede decir más sin conocer el texto íntegro original del informe y con qué propósito fue redactado (como informe de las actividades de los soviéticos en España o como «calificaciones (*jarakteístiki*)», un procedimiento burocrático de la época).

Miguel Martínez no podría ser Grigulévich, porque éste figura en el libro de Koltsov bajo el nombre de «José Quesada», supuesto periodista argentino. Koltsov describió su visita a la sede madrileña del POUM y la entrevista que le hizo al secretario de este partido. Emma Wolf y algunos otros autores de memorias sobre Koltsov se refieren a esta entrevista como una iniciativa insólita de Koltsov, propia de su osadía periodística. Unos años antes, Koltsov ya había hecho algo parecido cuando entrevistó en París al general blanco Shatilov. Koltsov fue a su casa haciéndose pasar por un fotógrafo francés que acompañaba al periodista que sí era francés, un militante comunista y trabajaba en un periódico parisiense. El francés le hacía al general blanco las preguntas que le había preparado Koltsov, mientras éste se mantenía callado para no delatarse por su acento, pero sin perder palabra.³⁶ En enero de 1937 actuó de la misma manera, sólo que en este caso, según su libro, le ayudaba el periodista argentino José Quesada. En el círculo de Koltsov sólo había un hombre que hablaba español como un argentino y era de absoluta confianza: Iósif Grigulévich.

Otra de las pruebas, a mi juicio, de que Grigulévich no podía ser «Miguel Martínez» es que a él se le conoció por el sobrenombre de «Miguel» sólo durante sus años de militancia en Argentina.³⁷ En España, Grigulévich usó otros sobrenombres, y allí nadie podía conocer sus antiguos nombres secretos del pasado debido a las precauciones habituales de los colaboradores de los servicios de inteligencia soviéticos.

Miguel Martínez tampoco puede ser Górev, como sugiere Preston, porque el *Diario español* le designa con otro nombre: «Basilio». Resulta imposible aceptar la afirmación de Preston de que el papel decisivo en la creación del sistema de comisarios políticos le correspondió a «Górev, Grigulévich o algún otro consejero». La posición de Grigulévich en la jerarquía soviética en aquellos momentos era demasiado baja, y además él era demasiado joven (veinticinco años) para tener tales responsabilidades. Pero aún más importante es el hecho de que, de acuerdo con el funcionamiento del sistema soviético, la responsabilidad sobre las cuestiones relacionadas con los comisarios políticos del ejército no correspondía al NKVD, sino a la Dirección Político-Propagandística del Ejército. Górev tampoco podía hacer este trabajo, ya que sus competencias se limitaban a los asuntos estrictamente militares. Aún menos deberíamos buscar «algún otro consejero» anónimo en lugar del hombre a quien las personas que lo conocieron en España le atribuyen unánimemente esa responsabilidad.

Preston no cree que Koltsov mantuviese reuniones con Álvarez del Vayo (al que conocía, por cierto, desde la visita que hizo el español a Moscú), pensando que «más bien se trataría de un ruso de alto rango». El problema es que muchos de los que combatieron en España indican que Koltsov tenía ese alto rango y que visitaba a diario el Ministerio de Guerra, donde gozaba de una gran autoridad. Lo cuenta Arturo Barea y lo recuerda Emma Wolf, que describió las conversaciones diarias entre Górev y Koltsov sobre la situación en los frentes, así como las reuniones cotidianas que mantenía Koltsov con Miaja y con Rojo, indicando que tanto el uno como el otro le tenían al tanto de la preparación de las órdenes militares para los próximos días. En sus conversaciones con Górev, el periodista, según Wolf, «siempre pedía cambiar algo, mejorar algo», y «Górev le escuchaba con atención».³⁸ Cualquiera que haya visto la famosa película

Chapáiev, que Ehrenburg escogió para la propaganda en el Frente de Aragón, sabe que ésta era la clásica relación entre un jefe militar y un comisario político.

Más interesante es la cuestión que plantea Preston sobre la comunicación entre Koltsov y Stalin. Estoy de acuerdo con él en que esta comunicación, salvo algún caso excepcional, no podía ser telefónica, ya que el propio Koltsov dejó constancia en su diario de que los teléfonos no eran seguros.³⁹ A mi juicio, existía otra forma de comunicación segura: a través de *Pravda*. No fue casual el hecho de que, cuando Louis Fischer quiso pedir ayuda a la URSS, Koltsov le prometió mandar su carta al Kremlin a través del redactor en jefe de *Pravda*, L. Mejlis, ex-secretario de Stalin y miembro de su círculo más próximo.⁴⁰ Resultaba muy difícil detectar una información dirigida de este modo a Stalin, especialmente si iba redactada en clave como un artículo más entre los cientos de artículos que dictaba Koltsov por el telégrafo.

Koltsov también escribió directamente al Comisario de Defensa, K. Voroshílov. E. Makarévich, periodista y autor de libros sobre la historia del espionaje militar en Rusia, ha publicado en una revista rusa la siguiente carta de Koltsov dirigida a Voroshílov:

Querido patrón:

Hoy se cumplen siete meses desde que estoy aquí, en medio de esta guerra difícil y a veces fastidiosamente torpe. Hace mucho que hubiéramos podido ganarla si no fuera por la frivolidad traicionera, la incompetencia y el egoísmo barato del grupúsculo de burócratas sindicales que tienen el poder en sus manos. El pueblo no quiere el fascismo, es un pueblo bueno, valiente, orgulloso; el Partido Comunista de aquí es combativo e inteligente, en realidad todo el frente se mantiene gracias al Partido. (...) Pero lo más fuerte e impresionante, lo que sorprende de verdad es el trabajo y la lucha de nuestra gente. ¡Qué rabia que tengamos que callar sobre ello (¿todavía?) o hablar de una forma alegórica, entre dientes! (...)

EXPEDIENTE

¡Y esta juventud no conoció la guerra civil, nunca había abandonado antes su país, ni siquiera su localidad, y fue educada en casa de acuerdo con las normas habituales del Ejército Rojo, las normas soviéticas, estalinistas; fue educada por aquel Partido y aquel hombre a quien el sinvergüenza de Trotsky intentó acusar de la «limitación nacional». ¡Qué pena que no se pueda publicar ahora un libro sobre todo ello! ¡Qué bofetada sería este libro para aquel bando! No sé si le escriben a usted sobre todos los detalles interesantes de la estancia de nuestra gente en este país. Yo los preservo para el futuro o, al menos, para la reunión con usted.

Me ha conmovido indeciblemente la condecoración, sobre todo por el hecho de tratarse de la Orden de la Bandera Roja, lo cual deja claro que mi trabajo ha sido valorado como un trabajo de combate, que es como yo lo he percibido.

Si es posible, transmita un saludo de mi parte al gran jefe [Stalin - O.N.], junto con mi amor y mi admiración por su coraje, el coraje del más grande revolucionario. Todos nosotros estamos orgullosos de nuestro STALIN (sic) y él, palabra de honor, puede estar orgulloso de sus estalinistas que no temen nada, como lo he visto aquí con mis propios ojos. Estrechando su mano, querido patrón, se despide su fiel amigo español (hasta otros encargos especiales).

Miguel Koltsov.
Madrid, 8-III-1937⁴¹

Varios párrafos de esta carta, en realidad poco informativa, fueron subrayados por Stalin, según el editor. Stalin subrayó el último párrafo y el segundo desde las palabras «el sinvergüenza de Trotsky», y escribió sobre la carta de Koltsov: «A mi archivo». ¿Podría tratarse de una carta en clave? Otra carta de Koltsov escrita desde España y fechada el 4 de diciembre de 1937 también demuestra, a mi modo de ver, que el puesto que su autor ocupaba en la jerarquía soviética era más alto que, por ejemplo, el de su rival Ehrenburg.

4 ejemplares
4-12-37
De Koltsov

Al camarada Stalin
Al camarada Voroshílov

Pido que me reciba con urgencia para comunicarle la situación en España. El cam. [camarada - O.N.] Stern también le ha pedido a usted que me reciba de manera urgente y escuche las preguntas que a él le resulta difícil comunicar por el telégrafo.

Las cuestiones principales son las siguientes:

1. Preparación del ejército para la próxima ofensiva de Franco. El estado de las tropas. Una gran mejora en la labor del Estado Mayor. Crecen las diferencias entre el Estado Mayor y el Ministro de la Guerra (un ejemplo: el Estado Mayor se pronuncia a favor del trabajo político en el ejército; el Ministro la suspende) (...)
2. Nuestra gente. El cambio del papel de los consejeros. Errores perjudiciales en las acciones de los comisarios políticos enviados por la Dirección Política del Ejército Rojo, que influyen en el estado político y moral de los combatientes. (...)
3. La situación política: los intentos de los socialistas (Negrín, Prieto) de imponer una dictadura con la ayuda de Francia. La presión francesa en el sentido de la tregua. (...)
4. El Partido Comunista: el pleno del Comité Central (...)
5. La situación alrededor de España (...)

Suyo,
Mij. Koltsov⁴²

Los informes de Ehrenburg, publicados por Radosh y otros, están dirigidos al embajador soviético Rosenberg o al cónsul Antónov-Ovséenko, y son ellos quienes los mandan primero al ministro de Exteriores Litvínov y después a Stalin. En cambio, la carta de Koltsov está dirigida directamente a Stalin (su nombre, además, aparece sin la habitual y cortés mención de las iniciales que hacen referencia a su nombre de pila y su patronímico, Iosif Vissariónovich) y, en segundo lugar, al Comisario de Defensa Voroshílov. La carta comienza por una exigencia («Pido que me reciba con urgencia para comunicar-

le la situación en España. El camarada Stern [Grigoróvich - O.N., Consejero Militar de alto rango] también le pide a usted que me reciba y escuche las preguntas que a él le resulta difícil comunicar por el telégrafo»). El tono es muy diferente del que empleaba Ehrenburg. Además, la carta de Koltsov evidencia que él podía transmitir no sólo sus propios puntos de vista, sino los de los consejeros militares soviéticos.

Koltsov escribió desde Madrid, en noviembre de 1937, otra carta, dirigida directamente a Stalin. No se reproduce aquí porque se trata de una carta personal: Koltsov le pide a Stalin «recordar a los camaradas» que lo incluyan en la lista electoral de los diputados del Soviet Supremo, alegando su trabajo «social y literario-publicista» en pro del socialismo.

La condecoración de Koltsov con la Orden de la Bandera Roja también es significativa del tipo de actuación que tuvo en la guerra española. Con esa orden se condecoraba «el valor extraordinario, la abnegación y el coraje en la defensa de la Patria socialista». Górev fue condecorado al tiempo que el periodista, y ambos lo celebraron juntos en Moscú.⁴³ Ehrenburg también fue condecorado en marzo de 1937, pero con una orden inferior: la de la Estrella Roja. La noticia sobre su condecoración le fue comunicada por Koltsov.⁴⁴

En su carta a Voroshílov, Koltsov escribió que le daba rabia callar sobre el trabajo de «nuestra gente» en España, pero que él preservaba todos los detalles de este trabajo para el futuro. Su *Diario español* fue una forma de resolver este problema, aunque, debido a las exigencias políticas del momento, Koltsov se vio obligado a mantener los sobrenombres españoles de los soviéticos para no delatar la presencia de la URSS en España y a omitir los nombres de los represaliados para no ser acusado de ser su cómplice. También podría ser que, con este libro, Koltsov quisiera salvar su vida en unas condiciones en las que, a pesar de los signos externos de benevolencia por parte de Stalin y Voroshílov, se sentía amena-

zado. Con el *Diario español* les recordaba sus méritos en la guerra española y les decía que todavía podía ser útil, que era leal y que había adquirido una experiencia militar y propagandística nada desdeñable. Sin embargo, ser un antifascista convencido e influyente que rechazaba categóricamente la posibilidad de diálogo con los nazis era una mala recomendación en el Moscú de 1938, año en que Stalin había llegado a la conclusión, tras seguir con atención la guerra española y el pacto de Munich, de que las democracias occidentales no estaban dispuestas a enfrentarse con los fascistas, de modo que la política exterior soviética, en su intento de postergar la guerra, empezaba a girar hacia un posible pacto con Hitler, al igual que lo habían hecho las diplomacias británica y francesa.

Pero, sobre todo, su libro fue un tributo de admiración y amor al pueblo español, «bueno, valiente y orgulloso». Y fue un clamor y una advertencia sobre el peligro del fascismo, de una nueva guerra mundial y de los horrores que se cernían sobre Europa y sobre la patria de Koltsov, los mismos horrores que Koltsov había presenciado en España.

España como continuación de la Revolución Rusa

La Revolución Rusa y la guerra civil que le siguió fueron un punto de no retorno para toda la sociedad rusa. La vida de varias generaciones quedó dividida en un «antes» y un «después». Como en todo conflicto civil, hubo en ella vencedores y vencidos y, por razones diversas, tanto los unos como los otros quedaron obsesionados con el fenómeno de la revolución para el resto de sus vidas. Cuando se produjo el alzamiento militar en España, los recuerdos sobre la Revolución Rusa eran todavía muy vivos: habían pasado sólo diecinueve años, y no es de extrañar que los rusos leyeran las noticias sobre los acontecimientos españoles a la luz de la revolución y la guerra civil propias.



Era tanto más fácil hacerlo por cuanto que lo que pasaba en España guardaba una cierta similitud con lo que había sucedido en la Rusia revolucionaria: Madrid, acosado por las tropas enemigas que combatían a las puertas de la capital y desgarrado por el hambre, recordaba dolorosamente el Petrogrado de 1918; la ciudad de Valencia, que atraía por su exuberancia sureña y su efímero bienestar en medio de una terrible guerra, evocaba a Kiev, adonde habían huido tantos rusos desde las acosadas capitales de Moscú y Petrogrado; la participación de Italia y Alemania en el lado nacional hacía pensar en las intervenciones de la Gran Bretaña, Francia y Japón apoyando a los ejércitos blancos, en las tropas alemanas que amenazaron a la joven Revolución Rusa en el oeste, y en la división austro-húngara que combatió contra ella en Siberia. Cataluña y el País Vasco, que en medio de la contienda reclamaban la independencia, podían asimilarse a Ucrania y a Georgia, que habían hecho lo mismo para desvincularse de la «tragedia rusa».

De esta manera, para muchos ciudadanos soviéticos la guerra civil española se convirtió en una «segunda oportunidad». Los perdedores de la Revolución anhelaban ganar en esta ocasión, esperando que la derrota de la República española facilitara su revancha; los críticos del régimen que, no obstante, lo apoyaban como la única esperanza de la izquierda o la de la paz mundial frente a la inminente «noche fascista de Europa», querían creer que

esta vez, en España, las cosas se harían mejor y que, con ello, la situación también mejoraría en la URSS; los estalinistas convencidos de la base que desconocían los designios de sus superiores confiaban en que la victoria de los revolucionarios en otro país reforzaría las posiciones de la Revolución frente al mundo capitalista; los hijos y familiares de los reprimidos políticos esperaban que la lucha les proporcionaría la posibilidad de mostrar su lealtad a la causa socialista y de limpiarse de las sospechas que pesaban sobre ellos y sus seres queridos. Sin pretender abordar en este artículo toda la riqueza de actitudes ideológicas que despertó la Revolución española, mostraremos sólo algunas de ellas.

Dado que el debate interno sobre la Revolución Rusa no había terminado, se daba una gran importancia a las distintas ideas sobre los acontecimientos españoles. El escritor Victor Serge, revolucionario de origen ruso, y crítico acérrimo de Stalin, creía que el mejor testimonio y la reflexión más convincente sobre una materia tan compleja como la revolución había de hacerse de una forma artística (como otros propagandistas de la escuela soviética). En una de sus obras (*Delo Tulaeva*) reflejó un aspecto muy significativo. Un obrero se encuentra una nota manuscrita copiada del *Boletín de la Oposición trotskista* en la que se habla de la revolución española. Éstas son las impresiones del obrero, de nombre Kúrochkin:

Las palabras «revolución española» lo llenaron de una extraña alegría. ¡Él no se dejaría engañar, no! España nos da igual, y a Rodión [el trotskista propietario de la nota - O.N.] le da igual, como a cualquier otro, pero ¿quién sería tan tonto como para escribir «Rusia»? Le encantaba pensar que hay gente que trabaja para una nueva revolución que pagará al final todas las cuentas que se han ido acumulando a lo largo de estos diez años.

El testimonio de Serge se expresa en forma de ficción, pero poseemos una prueba documental de que el NKVD otorgaba una importancia excepcional a lo que se decía en

privado sobre los acontecimientos españoles. El obrero Stepán Podlubnyi, hijo de un *kulak* e informante secreto del NKVD, escribió en aquellos años en su diario que sus jefes chequistas le habían exigido que les comunicase:

Sobre la actitud de las masas acerca del movimiento revolucionario en España. Qué es lo que se ha dicho durante la celebración del Aniversario de la Revolución de Octubre. Si se prepara un atentado contra Stalin. Si hay alguien que tenga armas.

Resulta sorprendente constatar hasta qué punto le interesaban al NKVD las conversaciones privadas sobre los acontecimientos españoles, colocándolas en el mismo nivel que la preparación de un atentado contra Stalin o la tenencia de armas, lo cual podía entrañar el riesgo de una insurrección armada. Es tentador pensar que la recogida insistente de datos al respecto (cabe suponer que Podlubnyi no era el único informante al que se le había encomendado esta tarea), el deseo de conocer la opinión popular, implicaba una cierta dependencia de las decisiones tomadas en la cumbre del poder con respecto a los rumores que circulaban en la base de la sociedad. Se trataba de una dependencia nada directa, pero una dependencia al fin y al cabo.

Sabemos que sobre la situación en España circulaban diferentes rumores. El gran geoquímico Vladímir Vernadski, que había sido miembro del Comité Central del partido de los Constitucionalistas Demócratas (*kadety*), de orientación centrista, desconfiaba de los periódicos soviéticos. En febrero de 1938 anotó en su diario un rumor que circulaba en Moscú (al que daba crédito), según el cual Madrid había sido abandonado por su población:

Por la noche [estuvieron] Lifshits y Deinega. (...) Temen que la Biblioteca se cierre. Con Japón se cortó el envío de publicaciones. Se acabó el intercambio con España [se trata presumiblemente del intercambio de libros entre la Biblioteca de la Academia de Ciencias de la URSS y la España

Republicana - O.N.]. Extrañamente, nuestros periódicos no comunicaron que Madrid había sido abandonada por la población civil.

La propaganda soviética usó ampliamente «la lente de la Revolución y la guerra civil rusa» como un medio para entender la realidad española. Koltsov narró en sus reportajes lo que dijo un obrero en un mitin celebrado en una fábrica rusa el 5 de agosto:

En los años de la Guerra Civil, cuando nosotros, los proletarios rusos, combatimos contra los blancos y la intervención extranjera, los proletarios occidentales nos ayudaron. Nuestro sagrado deber ahora es ayudar de una forma moral y material a nuestros hermanos españoles que luchan por su libertad.

El folleto *España heroica* (1936), cuyo objetivo era preparar a los propagandistas encargados de explicar la situación española a las «masas», también utilizaba las comparaciones con las revoluciones rusa y francesa como una clave para entender lo que pasaba en España. Hablando del «sabotaje» (palabra amenazadora que muchas veces designaba, en la jerga de los años treinta, inesperadas dificultades y tensiones) en la vida económica de la República en vísperas del alzamiento militar, el folleto afirmaba:

De la misma manera, hace ciento cincuenta años los monárquicos, los enemigos del pueblo y de la revolución en Francia deseaban destruir los logros de la revolución con el sabotaje económico, la especulación, el hambre organizada; de la misma manera, en 1917 en Rusia los enemigos del pueblo, Riabushinski [un millonario famoso - O.N.] y otros, deseaban ahogar con la mano esquelética del hambre a la Revolución Rusa.

Igualmente cuando Trotsky atacó al Gobierno del Frente Popular en su famoso artículo «La lección de la guerra civil» (*Boletín de la Oposición*, nº 62-63, 17-12-1937), argumentó que en España se estaba produciendo un choque entre dos visiones políticas: la menchevique y, por tanto contrarrevolucionaria

EXPEDIENTE

(Trotsky, al igual que Stalin, mostraba la misma inclinación a definir a los revolucionarios que no compartían sus puntos de vista como «contrarrevolucionarios», con todas las consecuencias que se derivaban de ello, a pesar de que, irónicamente, era Trotsky, y no Stalin, quien había sido menchevique todavía hasta febrero de 1917), y la «auténticamente bolchevique», léase la suya propia. Stalin, en la lectura de Trotsky, apostaba por el Frente Popular para apoyar los intereses de la burguesía española y mundial (debido a su deseo de acercarse a las democracias occidentales). Trotsky tildaba a «Azaña, Companys y sus semejantes» de «abogados de la burguesía»; Negrín y Prieto, en su opinión, «siempre miraban en la dirección a la burguesía»; Largo Caballero representaba a la «aristocracia obrera», es decir, no al verdadero proletariado. Los anarquistas en general, y García Oliver en particular, «redujeron su doctrina a cero», mostrando «una fatal incompreensión de las leyes de la revolución y sus tareas», lo cual no era de extrañar, ya que, en realidad, representaban «la contrarrevolución campesina», contra la cual, recordaba Trotsky, él había luchado durante la guerra civil rusa combatiendo al ejército de Néstor Majnó y la rebelión de los marineros de Kronstadt.

Trotsky tampoco estaba contento con el POUM, cuyos militantes, aunque mantenían puntos de vista muy cercanos a los de los trotskistas (citaba como ejemplo la teoría de la revolución permanente), eran demasiado moderados en la práctica. Los poumistas debían poner en marcha el programa de Trotsky para la revolución española: abrir otro frente en oposición al Frente Popular, movilizar a las masas contra «los líderes reformistas, incluidos los anarquistas», tomar la dirección de la CNT y la FAI, y crear inmediatamente los soviets de obreros y campesinos, como se había hecho en la guerra civil rusa. Trotsky se burlaba del «hipócrita democrático» que levantaría la voz contra «la apertura del frente civil en la retaguardia del ejército republicano» y llamaba a

la guerra civil paralela contra todos lo que no apoyaran su programa de acción. «Las condiciones de la victoria de las masas en la guerra civil contra el ejército de los opresores son muy simples en realidad», afirmaba Trotsky. La ayuda militar de otros estados era innecesaria: «El proletariado ruso venció la reacción interna y la intervención extranjera sin apoyo militar exterior». Lo que hacía falta, en opinión de Trotsky, era la instauración inmediata de una completa «dictadura del proletariado» y la lucha contra la «democracia burguesa» que defendían los «mencheviques» estalinistas. Trotsky no reconocía que, en España, la República se estaba enfrentando a un enemigo nuevo: el fascismo. Para él, la dictadura militar de los blancos no era distinta del nazismo o el fascismo, y la lucha contra esa plaga, en su opinión, sólo tenía sentido como llamamiento a la inmediata revolución socialista en España y en Europa.

En el citado artículo, publicado en diciembre de 1937, Trotsky sostenía que las muertes de Andrés Nin y Kurt Landau, asesinados por los verdugos estalinistas, se habían debido a su «acercamiento a nuestras ideas o a nuestra forma de actuar». La actuación de Stalin en la guerra civil española demostraba, según Trotsky, que:

Stalin no había comprendido absolutamente nada ni de la Revolución de Octubre, ni de la guerra civil. (...) Desde el punto de vista teórico, en la política española de Stalin lo que choca más es el completo olvido del ABC del leninismo. (...) En su lucha contra la revolución socialista, el «demócrata» Kerensky buscó primero el apoyo en la dictadura militar de Kornílov y más tarde intentó entrar en Petrogrado en la retaguardia del general monárquico Krásnov. Por su lado, los bolcheviques (...) se vieron obligados a derribar el gobierno de charlatanes y parlanchines «democráticos».⁴⁵

Esta equiparación convertía automáticamente a los que se identificaban con la extrema derecha de la sociedad rusa anterior a la

Revolución en simpatizantes de la causa de Franco y del fascismo en general. Dmitri Panin, un hombre de ideas semejantes a las que había defendido la Centuria Negra (un grupo de extrema derecha), mostró claramente con qué facilidad podía producirse la identificación entre el ala derechista del movimiento blanco y el fascismo. Panin, nacido poco antes de la Revolución en el seno de una familia de la pequeña nobleza, odiaba el régimen soviético. En sus memorias describe cómo percibía las noticias sobre la guerra civil española:

Las escuetas líneas dedicadas a las noticias sobre los acontecimientos españoles en el periódico *Izvestia* constituían mi banquete espiritual de todas las tardes. A pesar de la insuficiencia y la tendenciosidad del enfoque soviético, el ejército español, los marroquíes, la Legión Extranjera suscitaban mi admiración. En mis sueños yo estaba con ellos. (...)

El apoyo que prestaba Hitler a las fuerzas anticomunistas en España hablaba entonces a su favor. Alemania e Italia ayudaron a la España nacional, mientras las potencias occidentales más importantes tomaron una decisión extraña sobre la no intervención en la guerra civil española. (...) Los alemanes y los italianos prestaron al pueblo español la ayuda que había necesitado tanto Rusia en 1918-1920.

A nosotros [Panin se refería a un grupo de correligionarios - O.N.] entonces no nos interesaba en absoluto hasta qué punto el régimen de Franco difería de las democracias clásicas occidentales. (...) Aprobábamos a los españoles como anticomunistas irreconciliables y estábamos con ellos.

Entre la Rusia soviética y la emigración blanca que vivía dispersa en París, Berlín, Bruselas o Kharbín, la comunicación era difícil, aunque hasta la Gran Purga todavía intercambiaban correspondencia muchas familias rotas o amigos separados. Pero incluso en el peor año del terror, el siniestro 1937, la prensa blanca se leía en los despachos del NKVD, del Comisa-

riado de Asuntos Exteriores y del Kremlin. La política soviética, incluida la política exterior, no puede ser entendida sin tomar en cuenta esta discusión silenciosa que mantenía en las décadas de 1920 y 1930 el régimen soviético con la diáspora blanca o trotskista.

Panin no dijo que él o sus correligionarios tuviesen acceso a la prensa de los partidos profascistas rusos, pero los periódicos blancos abordaron el tema español en términos muy parecidos a los suyos. En agosto de 1936 el diario *Nash Put*, órgano del Partido Fascista Panruso, publicó una entrevista sensacional con un tal «profesor español E. Afenicio (sic)». El pretendido profesor español afirmaba ni más ni menos que el alzamiento de Franco se había producido gracias a los esfuerzos de los rusos blancos que, según él, constituían la mayoría de la Legión acuartelada en Ceuta y Melilla y que habían convencido «a sus amigos españoles» de «hacer frente a los comisarios rojos» del Frente Popular.⁴⁶ Esta publicación, como otras semejantes, fue interpretada como una llamada a entrar en el combate español, y, ya en octubre de 1936, el primer grupo de voluntarios rusos atravesó la frontera con Francia. Incluso antes había llegado a España procedente de Marruecos el general Anatoli Fox, quien se convirtió rápidamente en el líder de los voluntarios blancos que luchaban en el bando nacional. Fox cayó en el Frente de Aragón en octubre de 1937.

Muchos rusos blancos sirvieron en las tropas carlistas. Otros trabajaron como propagandistas (ya que consideraban erróneamente que en España había muchos soviéticos, aunque su número, en realidad, nunca superó las 2.000 personas) o como espías en el ejército y la retaguardia republicanos.

A finales de 1936, el general Shatílov (el mismo a quien Koltsov había entrevistado de incógnito), dirigente de la derechista Unión del Ejército Ruso, llegó a España para ofrecer al mando nacional la creación de un batallón ruso. La misión de Shatílov fracasó debido a

EXPEDIENTE

problemas financieros y a la actitud negativa de los franquistas hacia los rusos. A causa de las dificultades encontradas, los voluntarios blancos no pudieron crear en España «el núcleo del futuro ejército que aplaste el comunismo soviético», como deseaban sus líderes. Su número no llegó a ser grande. Según D. Tiurin, fueron 72 los oficiales blancos que combatieron en el bando nacional, mientras que A. Yaremchuk fija su número en 80. Los españoles no reconocieron su rango militar, de manera que los oficiales blancos sirvieron como soldados rasos. De ellos, un tercio cayó durante la contienda.

En el lado republicano también hubo combatientes que procedían de la Guardia Blanca. Su número exacto no se conoce. El tercer tomo de la *Historia de la política exterior* informa:

De acuerdo con la orden personal de I. V. Stalin fechada el 19 de enero de 1937, los colaboradores de la Inteligencia soviética conjuntamente con sus colegas españoles organizaron el traslado a España de varios centenares de los voluntarios rusos internacionalistas procedentes de Francia, Checoslovaquia, Bulgaria y Yugoslavia. Entre ellos la mayoría eran emigrados rusos, incluidos antiguos combatientes de la Guardia Blanca que habían abandonado Rusia después de 1917. La selección de los candidatos, la comprobación de sus datos, su entrenamiento y su adoctrinamiento fueron responsabilidad de las «Alianzas por el Retorno a la Patria», que en aquellos países eran organizaciones oficialmente registradas.

«Las Alianzas por el Retorno» eran organizaciones izquierdistas de emigrados que habían reconsiderado su participación en la guerra civil en el bando blanco, percibiéndola como un grave error y una tragedia personal. Ya hemos visto en los ejemplos de Ehrenburg y Koltsov lo difícil que resultó elegir bando incluso para las personas que simpatizaban con la causa de la revolución en unos momentos en que el amplio espectro de ideas y opiniones políticas se había polarizado súbitamente en dos bandos irreconciliables. Además, como suele suceder en las guerras civiles, en muchos casos la libre

elección resultaba imposible: la división del país obligó a la gente a adaptarse a la situación del territorio en el que se encontraban.

El escritor Dmitri Sezeman, que abandonó las ideas de sus mayores, miembros de la «Alianza por el Retorno», intentó recrear sus impresiones de 1936-1937 en sus *Memorias*:

Para personas como mi padrastro Nikolái Andréevich Klepinin o el amigo de nuestra familia Serezha Efrón, que pasaría a la historia como el marido de Marina Tsvetáeva [poetisa famosa, traductora de García Lorca - O.N.], aquel tiempo fue su hora estelar. La guerra española, las «liquidaciones» en operaciones secretas, todo ello lo percibían como un «segundo Octubre», una compensación por el hecho de no haber comprendido el primero o, peor aún, por haberlo combatido. ¿Dónde estaba el Serezha de antes, aquel parlanchín de carácter dulce, bondadoso y gracioso? ¿De dónde salió ese aplomo marcial cuando parecía que ya estaba olvidado? Sólo le faltaba la casaca y el revólver cuando discutía en nuestra cocina sobre los puntos fuertes y débiles de tal o cual joven emigrado que había sido enviado a Madrid, o cuando comentaba con tono de estrategia experimentado las noticias que llegaban de los frentes españoles...

Al menos algunos de estos militares, como el coronel Vladímir K. Glinoyedski, que aparece retratado en el *Diario español* de Koltsov como «Jiménez», estaban en España antes de 1937, fecha que menciona la *Historia de la política exterior*. Koltsov encontró a «Jiménez» en Barcelona el 8 de agosto de 1936. Según el testimonio de Ehrenburg, Glinoyedski llegó a ser consejero del Frente de Aragón, murió en combate y fue enterrado de forma solemne en Barcelona. Su féretro fue acompañado por Companys, el cónsul soviético Antónov-Ovséenko y los representantes de los partidos políticos catalanes. Glinoyedski fue especialmente llorado por las tropas anarquistas con las que había trabajado.⁴⁷

La autora de estas líneas tuvo la suerte de escuchar las memorias sobre la guerra civil española de la boca del otro miembro de la

«Alianza por el Retorno», Alexéi Eisner, quien contó cómo había llegado con otros voluntarios procedentes de la emigración blanca a la España republicana en octubre de 1936 y cómo les habían prohibido hablar en París de sus orígenes rusos (legalmente los emigrados blancos eran apátridas). Eisner fue el ayudante del general Lukacz (el escritor húngaro Maté Zalka), sirvió en la XII Brigada Internacional y conoció a muchas personalidades soviéticas y españolas, como Koltsov, Ehrenburg y El Campesino. Eisner relató sus propias vivencias en España y las de algunos de sus compañeros de la «Alianza por el Retorno» en sus dos libros de memorias publicados en ruso.

Como vemos, muchos percibieron la Revolución española como un «segundo Octubre», sólo que esta vez pensaban que podrían corregir los errores del pasado y aplicar la experiencia aprendida de una forma tan dolorosa durante los años de guerra y enfrentamiento civil en su país. En las habitaciones de las casas rusas, cuyas paredes se adornaron con mapas de España, o en los campos de Aragón y Castilla, los partidarios de los bandos blanco y rojo continuaban su contienda.

España y la futura guerra: los miedos y las esperanzas

Al principio de nuestro artículo ya se habló de que muchos soviéticos percibieron el levantamiento de Franco como un signo inevitable de que la próxima guerra mundial estaba a las puertas. El filólogo Yuri Lotman recordó lo que significaba España para los jóvenes de su generación:

Madurábamos rápidamente. (...) El padre de mi mejor amigo, Borís Lajman, fue detenido y poco después fusilado. Era un miembro del partido de alto rango y director de un instituto de investigación científica. En su casa había un gran retrato de Rykov [amigo de Bujarin, representante, como éste, de la tendencia democrática dentro del Partido, víctima de la Gran Purga - O.N.]; Bo-

rís me dijo que fue el mismo Rykov quien le había regalado el retrato a su padre. El fusilamiento del padre y el exilio de la madre y la hermana (a Borís no le habían tocado) no influyeron en nuestra amistad. Seguimos viéndonos por las tardes en su piso vacío o en mi casa, y ambos hablábamos con alegría de que pronto habría una guerra. Ahora esto suena chocante. (...) Recuerdo vivamente las palabras, aunque no sé si eran mías o de Borís Lajman: «Entonces a nadie se le ocurrirá distinguir entre trotskistas y partidarios de Bujarin, todos seremos soldados en un frente». Y, como estaba claro que tras la guerra española habría un gran frente, vivíamos la guerra española como algo que nos atañía directamente: yo me sabía de memoria los nombres de centenares de puntos militares, los lugares donde combatían las Brigadas Internacionales. (...) Borís y yo [Lotman y su amigo debían tener en la época unos quince años - O.N.] incluso intentamos introducirnos en el puerto de Leningrado para meternos en la bodega de un barco e ir a España. Pero, por supuesto, nos pillaron...

Los artículos de Koltsov que leían Lotman y otros jóvenes, en efecto proporcionaban no sólo una descripción militar muy detallada, sino también una reflexión interesante sobre la guerra del futuro. Sin embargo, algunas de sus observaciones podían haber llamado la atención de quienes pensaban que era necesario «distinguir entre los partidarios de Trotsky y los de Bujarin». Hablando del ejército de Franco, Koltsov decía:

El ejército fascista goza de todas las ventajas del mando único. (...) Nadie se atreve a discutir o modificar las órdenes que llegan desde arriba. Lo han conseguido a base de duras, crueles y despiadadas represalias en el frente y en la retaguardia dirigidas a los responsables desobedientes, mediante la eliminación de todos los que piensan de otra manera y mediante severos castigos y fusilamientos.

Koltsov desaprobaba estos métodos, y advertía que la «tiranía de Franco crea un enorme descontento contra él», pero el curso de la guerra española podía convencer a los *makers*

EXPEDIENTE

soviéticos de que el terror era una estrategia eficaz en situaciones de emergencia. Stalin y sus allegados dudaban, y con razón, de la cohesión de la sociedad soviética y, por lo tanto, las líneas de Koltsov sobre la descomposición moral de los fascistas italianos tras la batalla de Guadalajara podían conducirles a hacer comparaciones nada halagüeñas:

Por supuesto, en otras guerras también hubo prisioneros. La masa de soldados de a pie, privados de mando, con frecuencia se transformaba en un rebaño, en una multitud de gente indefensa, sin moral militar ni civil, indiferentes a su honor militar y nacional y dispuestos a servir a sus nuevos dueños (...) e incluso a volver las armas contra sus antiguos patrones. ¡Pero aquéllos eran los ejércitos capitalistas del período anterior al fascismo, reunidos sin ninguna selección política conforme el método de la movilización general! Ellos sólo tenían una vaga idea de por qué luchaban, y aunque lo supieran, eran indiferentes u hostiles a los objetivos de la guerra... En cambio aquí, ante nosotros, se encuentra la selecta juventud de los camisas negras, todos miembros del Partido Fascista; se podría decir que es la vanguardia de combate, la esperanza y el orgullo de Mussolini, sus mejores cuadros...

Estos cuadros fueron educados por los líderes fascistas durante quince años en academias y en paradas solemnes, con la ayuda de discursos rimbombantes, teorías individualistas y el culto del superhombre. Entre los prisioneros hay jóvenes a quienes el régimen fascista educó desde la cuna: cuando Mussolini llegó al poder ellos tenían tres años. Ahora, tras pasar una noche bajo el techo de sus adversarios, maldicen al «Duce» y a todo su imperio. ¡Los quince años de educación fascista no han resultado ser muy sólidos!

Koltsov estaba convencido de que «nuestra gente», educada según las «normas leninistas y estalinistas», era radicalmente distinta, y aducía como prueba el arrojo mostrado por los soviéticos en España, pero cuesta descartar la idea de que, para una mente tan suspicaz como la de Stalin, sus palabras pudieran sonar como una poderosa advertencia: en la futura guerra podía pasar lo mismo en el Ejército Rojo. Es

significativo que la reacción de Stalin ante la victoria de Guadalajara fuera la búsqueda de espías y enemigos en el bando republicano. En el telegrama que mandó a España, Stalin escribió:

Además, usted nos informa de que los prisioneros italianos afirman que el enemigo conocía con antelación, y conocía muy bien, todos los planes y las órdenes de los republicanos. Aprenda de estos hechos instructivos, que hablan por sí mismos...

Por añadidura, los soviéticos que se encontraban en España estaban convencidos de que las dificultades del bando republicano se debían, al menos en parte, a la existencia de sabotajes y actos de espionaje. Ésta era la opinión, como señala Oleg Khlevniuk (que fue el primero en llamar la atención sobre la relación existente entre la Gran Purga de 1936-1939 y la guerra española) de muchos de ellos: del



cónsul V. Antónov-Ovséenko, así como de los representantes del Comisariado de Comercio Exterior A. Stashevsky e I. Vintser. Los representantes de la Comintern y los colaboradores del Servicio Secreto del NKVD (INO) también le escribieron a Stalin sobre el espionaje en España. La opinión de Koltsov no era distinta, tal como lo manifestó en muchos de sus reportajes. Para no faltar a la verdad, hay que decir que esta opinión no era exclusiva de los soviéticos.

Khlevniuk señaló que la anarquía que observaban los soviéticos en España, el sabotaje y el espionaje habían existido de verdad. Pero también, a su modo de ver, esta opinión tenía una explicación interna: los que escribían sobre ello sabían que Stalin pensaba que las dificultades con las que se había topado la República habían sido creadas por los «enemigos del pueblo» e intentaban moldear sus informes de acuerdo con esa idea. Por mi parte, creo que esta idea no era exclusivamente de Stalin, sino que estaba firmemente arraigada en la mente de aquella generación que había vivido la Primera Guerra Mundial. Desde entonces, las catástrofes militares se habían explicado en Rusia por la labor silenciosa de los enemigos internos.

En la futura guerra, Stalin no solamente temía a los espías extranjeros; un peligro aún mayor representaban para él los antiguos amigos. La Revolución Rusa se produjo cuando Lenin llamó a convertir la guerra imperialista en una guerra revolucionaria. Entonces, los bolcheviques actuaron con las armas en las manos contra los que hasta ese momento habían sido sus aliados: los otros partidos socialistas y los partidos democráticos. Dada la disposición de Trotsky a ofrecer la misma estrategia para la guerra española, Stalin podía temer que sus adversarios políticos hicieran lo mismo en la próxima guerra. De forma que Lotman y su amigo estaban equivocados cuando pensaban que la futura guerra liberaría a la sociedad soviética de la caza de herejes. Bujarin, en cam-

bio, no se engañó, y en su última carta escrita a Stalin desde la cárcel vinculaba la Gran Purga con la proximidad de la guerra.

Pero Bujarin era una excepción. La purga produjo estupor incluso entre la elite soviética. Sofía Prokófieva, amiga de M. Koltsov y mujer del alto mando en el NKVD, Georgui Prokófiev (segundo en el NKVD después de Yagoda, y, finalmente, víctima también del terror), aportó un testimonio único que muestra cómo en la cumbre del Partido se utilizaba el argumento español para justificar las purgas:

Creí, como todos los compañeros con los que tuve la ocasión de hablar de ello, que las medidas drásticas eran necesarias para salvar la Revolución.

Recuerdo que en 1936, en una de sus visitas viniendo de España, Mijaíl Koltsov habló sobre la actitud despreocupada de los republicanos, sobre la confianza romántica e ingenua hacia el enemigo. Georgui Evgénievich [Prokófiev - O.N.] contrapuso a los relatos de Koltsov la política firme de represión a la que se orientaban los órganos de la seguridad Stalin, y ninguno de nosotros le objetó.

En 1937 Koltsov, no obstante, ya estaba profundamente turbado por lo que sucedía a su alrededor, según afirman muchos testigos. En cambio, el consejero militar Vladímir Górev, que había hecho tanto por la defensa de Madrid y que volvió a Moscú ese mismo año, mostraba la misma obsesión por los asuntos españoles y la misma fe en Stalin que había manifestado Koltsov antes. Nadezhda Ulanóvskaia, que, al igual que Vladímir Górev, trabajaba para la Inteligencia Militar, contó lo siguiente:

En medio del terror de 1937 llegó a Moscú, proveniente de España, Vladímir Górev, ex responsable del espionaje soviético en los Estados Unidos, al que sustituyó en ese puesto tu padre [las memorias de Ulanóvskaia están dirigidas a su hija Maia Ulanóvskaia - O.N.]. Teníamos muchas ganas de verle para hablar con él sobre lo único que nos atormentaba. Pero él estaba lleno de Es-

EXPEDIENTE

pañá y cada vez que comenzábamos a hablar de las detenciones nos miraba con unos ojos que no veían nada y de prisa, de prisa, volvía a hablar de España. Él mismo nos contó que había viajado en el tren con unos diplomáticos que fueron detenidos. Y nos dice: «No comprendo. Ellos debían saber que eran culpables, lo que significa que tenían que haber ido inmediatamente al Comité Central y hablar abiertamente de sus culpas». Entonces la mujer de Górev, que todo el tiempo había estado en Moscú, le respondió con ira: «¿Y si no tenían nada de que hablar?» «Es imposible que los detengan por nada». «Pues cuando te detengan a ti, ya lo sabrás».

Después de esto comenzamos a hablarle con toda claridad. Y lo hicimos dudar un poco, un poquito. No nos volvimos a ver. Quedamos en celebrar todos juntos el Año Nuevo. Yo estaba embarazada y a punto de parir. Él me dijo: «Para entonces ya habrá dado usted a luz». Pero para el Año Nuevo ya le habían detenido.

Koltsov y Górev, como muchos otros, se engañaban cuando creían en Stalin y pensaban que vivían en una sociedad justa. Pero no se equivocaban en otra cosa: ellos habían combatido por un sueño de justicia y libertad, tal como lo entendían, en Madrid y en los campos de Castilla y Aragón, porque sentían que el destino de España estaba ligado al destino de su propio país y al de toda la humanidad. Su lucha fue abnegada, pero infructuosa: tanto en Madrid como en Moscú vencieron los que defendían el terror y la represión como medio principal del gobierno. Al final, aquellos vencedores y su obra terminaron barridos por la historia, y ello se debió también a quienes fueron los primeros en oponerse a ellos con la pluma o con el arma.

NOTAS

¹ Quisiera expresar mi agradecimiento a Enrique Moradiellos por el ofrecimiento para trabajar sobre este tema tan apasionante; y también a Adelina Abramson Kondrátieva, a Sofía Védiushkina, a Ángel Viñas, a Yuri Rybalkin, a Oleg Khlevniuk, a Simon Sebag Montefiore, a Juan Cobo y a Arkadi Vaksberg por responder generosamente a mis preguntas. Asimismo, quisiera dar

las gracias de todo corazón a Yana Zabiaka, a Carlos Lechado y a Iñaki Oyarzábal por su interés y el apoyo a mi trabajo.

² S. Dullin, *Des hommes d'influences. Les ambassadeurs de Stalin en Europe, 1930-1939*, París, Payot, 2001, pp. 45, 91.

³ J. Haslam, «Litvinov, Stalin and the Road Not Taken», G. Gorodetsky (ed.), *Soviet Foreign Policy, 1917-1991. A Retrospective*, Londres, Frank Cass, 1994, p. 57.

⁴ S. Pons, *Stalin and the Inevitable War, 1936-1941*, Londres y Portland, Frank Cass, 2002, pp. 47-57, 69-70.

⁵ S. Dullin, *Des hommes d'influences...*, pp. 101-107.

⁶ Véase A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista en España*, Barcelona, Planeta, 1999, p. 451. Véase también J. Haslam, *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe, 1933-1939*, Hampshire y Londres, Macmillan Press, 1984, p. 115.

⁷ A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999; Ángel Viñas, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona, Crítica, 2006; Ángel Viñas, *El escudo de la República. El oro de Moscú, la apuesta soviética y los Hechos de Mayo de 1937*, Barcelona, Crítica, 2007; Yuri Rybalkin, *Stalin y España*, Madrid, Marcial Pons, 2007.

⁸ R. Orlova, *Vospominania o neproshehdshem vremeni*, Moscú, Slovo, 1993, pp. 53-54. Las cursivas son de la autora; la negrita es mía - O.N. Se trata del marido de la autora del recuerdo, Leonid Shérsher, estudiante del selecto Instituto de Filosofía, Literatura e Historia (IFLI, prestigiosa institución de nivel universitario), caído en la Segunda Guerra Mundial. Las imágenes de este poema están inspiradas por el libro de M. Koltsov, *Ispanskaia vesna (La primavera española)*, Leningrado, Izdatelstvo sovetskix pisatelei, 1933. El libro de Koltsov reunió sus reportajes sobre el final de la Monarquía, la instauración de la República y la lucha de los trabajadores por la mejora de sus condiciones de vida y trabajo. Debido al gran talento literario y la fama de su autor, el libro fue muy popular. «Las jóvenes de Oviedo» es una alusión a la Revolución de Octubre en Asturias (1934), sobre la cual la prensa de la URSS informó ampliamente.

⁹ Entre 1936 y hasta junio de 1941, fecha del inicio de la Gran Guerra Patria (nombre que se da en Rusia a la Segunda Guerra Mundial), los soviéticos recaudaron el equivalente de 1.272.374.000 francos franceses, lo cual superó con creces la ayuda solidaria de cualquier otra nación. Véase Yu. Rybalkin, *Stalin y España*, Madrid, Marcial Pons, 2007, pp. 44-45.

¹⁰ S. V. Védiushkina, «Pérvye mesiatsy Grazhdanskoi voiny v Ispanii v osveschenii tsentral'nyx sovetskix gazet», *Is- tochnikovedcheskie issledovania*, Vyp. 2, Moscú, 2004, pp. 159-191.

¹¹ M. Koltsov, *Ispanskii dnevnik*, Moscú, Politizdat, 1987. Es el reportaje del 4-08-1936. He consultado la versión on-line: militera.lib.ru/db/koltsov_me/index.html Existe una versión castellana del libro: Koltsov, Mijail

- Efimovich, *El diario de la guerra española*, traducción, introducción y notas de José Fernández Sánchez, Madrid, Akal, 1978. Aunque la versión de José Fernández es buena, por razones de exactitud prefiero traducir directamente del ruso.
- ¹² L. Fischer, *Men and Politics. An Autobiography*, Londres, Jonathan Cape, 1941, p. 350. La expresión «estaba en términos amistosos» es, a mi modo de ver, un eufemismo para referirse a otro tipo de relación que Koltsov mantenía con Stalin y Voroshilov. El papel que Koltsov desempeñó en España superaba con creces las funciones de un corresponsal de guerra. Adelina Abramson Kondrátieva, que trabajó para la Inteligencia Militar Soviética (GRU) durante la guerra civil, afirmó en una conversación con la autora de este artículo que Koltsov actuaba como mediador entre Stalin y las autoridades españolas. Esta opinión, que sostienen prácticamente todos los que le conocieron en España, está confirmada, al menos parcialmente, por sus informes sobre la situación española dirigidos directamente a Stalin, así como por sus encuentros confidenciales con Stalin, Voroshilov y Ézhov.
- ¹³ A. L. Mírov-Abrámov fue detenido en 1937 acusado de mantener relaciones con Trotsky, como muchos otros soviéticos cuyo destino quedó marcado por la guerra civil española. Tras su detención, su mujer, cuyo nombre no mencionan ni Ehrenburg, ni Sáovich, ni Emma Wolf, fue llamada a regresar a la URSS, donde presumiblemente fue detenida. Emma Wolf escribió que Mírova, que representaba a la agencia TASS en España, había trabajado en *Izvestia* y que en otoño de 1937 ya nada se sabía de ella: N. Z. Beliáev, B. E. Efimov, M. B. Efimov (eds.), *Mijail Koltsov: kakim on byl*, Moscú, Sovetskii Pisatel, 1989 (2.ª edición), p. 455. El caído jefe del NKVD, G. Yagoda, mencionó el nombre de su marido en el proceso público de 1938 en que fue juzgado Nikolái Bujarin. Según los datos de B. Frezinski, Mírov-Abrámov trabajó en el Comité Central del Partido Comunista (B. Frezinski, «Kommentarii»: I. Ehrenburg, *Liudi...*, p. 508. E. A. Gorbúnov, en cambio, considera que Mírov se ocupó de los voluntarios soviéticos en España cuando trabajaba para la GRU (la Inteligencia Militar), donde era el ayudante del jefe. Hasta 1938, siempre según Gorbúnov, Mírov-Abrámov trabajó para la Comintern. Véase E. A. Gorbunov, *Sjvatka s chernym drakonom*, Moscú, Veche, 2002. He consultado la versión *on-line*: <http://www.litportal.ru/genre23/author2747/read/page/22/book13242.html> La versión de Gorbúnov parece más convincente, ya que del envío de los voluntarios soviéticos se ocupaba sobre todo la GRU.
- ¹⁴ La Constitución soviética de 1936 fue un gran logro del pensamiento jurídico y una de las constituciones más avanzadas de su tiempo. La reestructuración del Parlamento soviético que tuvo lugar en 1937 se inspiró en el modelo de la República de Weimar. Por desgracia, la gran purga de 1936-1939 acabó con las incipientes tentativas de liberalizar el régimen soviético. Véase R. W. Thurston, *Life and Terror in Stalin's Russia, 1934-1941*, New Haven & Londres, Yale University, 1996, pp. 1-15.
- ¹⁵ José Faraldo, «La formulación del paisaje en la Unión Soviética: arquitecturas y espacios de vida (1917-1929)», *Memoria y civilización*, Pamplona, 2001, n.º 4, pp. 205-219.
- ¹⁶ Cito por Á. Viñas, *La soledad de la República*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 160.
- ¹⁷ Román Karmén (1906-1978) fue el más famoso y, sin duda, el más brillante documentalista soviético. En su juventud (1923-1930) trabajó como fotógrafo bajo la dirección de M. Koltsov en la popular revista *Ogonek*. La guerra civil española fue para él no sólo la primera oportunidad de mostrar su gran talento, sino que se convirtió en un importante acontecimiento de su vida personal, una experiencia que nunca llegó a olvidar. En 1968 el cineasta, cuyos documentales sobre la Segunda Guerra Mundial le habían aportado una fama mundial, volvió al tema español con la película *Granada, Granada, Granada mía* (los autores de este «poema cinematográfico»), como se definió en la época, fueron el propio Karmén y el poeta K. Simónov, y su título reproducía el título de un célebre poema de M. Svetlov). En el año 1972 Karmén publicó sus memorias con el título de *No pasarán*.
- ¹⁸ La carta dirigida a Antónov-Ovseenko del 17 de noviembre de 1936. La fotocopia del original ruso me ha sido amablemente enviado por el doctor Yuri Rybalkin, al que expreso mi más profunda gratitud. Archivo Estatal Militar Ruso (RGVA), fondo 33987, i. 3, d. 870, p. 267.
- ¹⁹ R. Radosh, M. R. Habeck y G. Sevostianov, *España traicionada. Stalin y la Guerra Civil*, Barcelona, Planeta, 2002, pp. 60-67, doc. 11-13.
- ²⁰ I. Ehrenburg en la carta al cónsul soviético V. Antónov-Osvéenko, fechada el 17-II-1936, el Archivo Estatal Militar de la Federación Rusa (RGB): c.33987, i.3, d.870, p.267. El documento llegó al archivo procedente del Secretariado del Comisariado de Guerra (agradezco a Yuri Rybalkin esta indicación).
- ²¹ I. Ehrenburg, *Geroi Asturii*, 1937. Cito por: lib.ru/prose/russian/erenburg_igl/index.html. Existe la versión española de muchos de ellos, escritos durante la Guerra Civil: Ilya Ehrenburg, *Corresponsal en España*, Barcelona, Editorial Prensa Ibérica, 1998.
- ²² I. Ehrenburg, *Liudi, gody, zhizn*, Knigui 4 i 5, Moscú, Text, 2005, p. 195.
- ²³ Cito palabras de un poema de Ehrenburg escrito en 1939 y dedicado a España. I. Ehrenburg, *Sobranie...*, p. 124 (*O toi nadezhde, chto zovu ia veschei*). Compárese con el significado de la voz «primavera» en la poesía escrita durante el «deshielo», p. 158 (*Da razve mogut deti Yuga*), donde significa «libertad».
- ²⁴ «K tebe i o tebe moio poslednee slovo. Pisma V.O. Lichtensteina k M.M. Tushinkoi», publikatsia N. K. Gerásimovoi i A. D. Margolisa, *Minúvshee*, Moscú-San Petersburgo, Antheneum-Fenix, 1996, pp. 129-161, las citas se encuentran en las pp. 158-161.

EXPEDIENTE

- ²⁵ A. Vaksberg, Lilia Brik. Zhizn i sudbá, Moscú-Smolensk, Olimp, 1999.
- ²⁶ A. Vaksberg, *Lilia...*, p. 258.
- ²⁷ Se trata del testimonio de la traductora de Górev, Emma Wolf: *Koltsov, kakim...*, p. 452.
- ²⁸ *Koltsov, kakim...*, pp. 444, 447, 495.
- ²⁹ I. Ehrenburg, *Liudi...*, p. 194.
- ³⁰ *Koltsov, kakim...*, pp. 330-331.
- ³¹ Nina Gordon en *Koltsov, kakim...*, p. 398.
- ³² Ángel Viñas, *El escudo de la República*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 56-57; Paul Preston, *Idealistas bajo las balas*, Barcelona, Debate, pp. 203-251.
- ³³ Entre muchos testimonios, mencionaremos sólo dos: el de Alexéi Eisner (*Koltsov, kakim...*, pp. 416-417) y el de I. Ehrenburg (*Liudi...*, pp. 128, 139).
- ³⁴ Miguel Koltsov (*sic!*), *Hombres del Ejército Rojo*, Madrid, Edición del Quinto Regimiento, S. A.
- ³⁵ Testimonio de O. Sáwich en *Koltsov, kakim...*, p. 435.
- ³⁶ Lo cuenta O. Sáwich en *Koltsov, kakim...*, pp. 428-429.
- ³⁷ Véase el texto del biógrafo de I. Grigulévich: N. Nikandrov, «Riadovói Kominterna po ímeni Miguel», *Latinskaia Amerika*, 1999, N 1. Existe una versión on-line: <http://www.tiwy.com/nashi/grigulevich/part10.phtml>
- ³⁸ E. Wolf en *Koltsov, kakim...*, p. 444.
- ³⁹ Véase la entrada de *Ispanski dnevnik (Diario español)* de 9/11/1936. Koltsov cuenta cómo le llaman de Moscú, de *Pravda*, y le preguntan: —¿Cuál es la situación? —Los fascistas se han acercado al río. Ahora tienen artillería. El fuego de artillería obstaculiza la defensa de los puentes. Además hay bombardeos. En los barrios ocupados por los fascistas masacran a los obreros, pero todo eso no ha hecho sino levantar la moral. Se luchará con fuerza. Esperamos refuerzos. —¿Están llegando grandes refuerzos? ¿Están llegando grandes refuerzos? Yo no he dicho: «Están llegando grandes refuerzos». He dicho solamente. «Estamos esperando refuerzos». La voz volvió a preguntar de forma insistente, como sugiriendo: —¿Están llegando grandes refuerzos? (...) Ahora no sólo estaba sintiendo a un compañero al otro lado del imaginario hilo radiotelefónico, sino a un millón de oídos entre medias, a todos los escuchadores profesionales en los seis países que nos separaban, a todos los enemigos y amigos que orientaban sus radios hacia las ondas procedentes del Madrid republicano y popular, y grité con todas mis fuerzas: —Sí, ¡los refuerzos serán considerables! ¡Están al caer, llegan de un día para otro! ¡Y podemos aguantar perfectamente hasta que lleguen!». ⁴⁰ Es interesante y es un dato a considerar, pensando en la verdadera identidad de Koltsov en España, el hecho de que en 1938 Mejlis fue nombrado el jefe de la Dirección Político-Propagandística del Ejército Rojo y Koltsov cedió a su puesto en *Pravda*.
- ⁴¹ RGASPI, fondo 558, legajo 11. Cito por E. Makarévich, «Zhurnalisty i razvedchiki», *Zhurnalist*, 2004, n° 9, p. 90. La traducción es mía. Makarévich publica también la

- carta que Koltsov escribió desde Madrid en noviembre de 1937, dirigida directamente a Stalin: E. Makarévich, «Zhurnalisty i razvedchiki», *Zhurnalist*, 2004, n° 11, p. 88. No la traducimos porque se trata de una carta personal: Koltsov le pide a Stalin de recordar a los camaradas» que lo incluyan en la lista electoral de los diputados del Soviet Supremo, alegando su trabajo «social y literario-publicista» en pro del socialismo.
- ⁴² RGBA (Archivo Estatal Militar de la Federación Rusa), i. 3, d.961, p. 224. Radosh y otros citan esta carta, pero no la reproducen. Agradezco al doctor Ángel Viñas el haber llamado mi atención sobre esta carta y al doctor Yuri Rybalkin por el envío la copia del original ruso. El documento llegó al Archivo Militar procedente del Secretariado del Comisariado de Guerra (agradezco a Yuri Rybalkin por esta indicación).
- ⁴³ Testimonio de Emma Wolf en: *Koltsov, kakim...*, pp. 454-455.
- ⁴⁴ I. Ehrenburg, *Liudi...*, p. 143.
- ⁴⁵ Esta cita, como las anteriores, es del artículo de Trotsky «La lección de la guerra civil» (*Boletín de la Oposición*, n° 62-63, 17-12-1937). He consultado la versión original en ruso publicada en: <http://www.magister.msk.ru/library/trotsky/trotm235.htm>
- ⁴⁶ Cito por el artículo D. Tiurin, «Yazykovaia gruppa iedet v Ispaniu. Iz istorii rússkoi emigratsii», <http://www.rus-skie.org/index.php?module=fullitem&id=784>
- ⁴⁷ I. Ehrenburg, *Liudi...*, pp. 128-129.

